

EL PONY COLORADO

John Steinbeck

EL REGALO

Billy Buck salió al amanecer de la casa de los peones y se detuvo un instante en el pórtico, mirando al cielo. Era un hombrecito estevado, con unos bigotes de morsa, unas manos cuadradas, callosas y musculosas en las palmas, y ojos grises, de mirada contemplativa. Debajo de su sombrero «Stetson» asomaban unos cuantos cabellos hirsutos. Mientras permanecía en el pórtico, se entró la camisa en los pantalones de algodón, desabrochándose el cinturón para volver a ajustado. El cinturón mostraba, en los sitios desgastados y lustrosos junto a cada agujero, el aumento gradual del vientre de Billy a través de los años. Después de escrutar el estado del tiempo, Billy se aclaró cada uña de las ventanillas de la nariz, oprimiéndolas alternativamente con el índice y resoplando fuertemente con la otra. En seguida se dirigió al establo, restregándose las manos. Allí cepilló y enjaezó a dos caballos de silla, hablándoles en voz baja todo el tiempo. Aún no había terminado su labor cuando en la casa del rancho comenzó a repicar el triángulo de hierro anunciando el desayuno. Billy hincó la almohaza en el cepillo, lo depositó en la barandilla y salió calmosamente, pero con un cálculo tan preciso de tiempo, que llegó a la casa mientras mistress Tiflin estaba todavía tocando el triángulo. Ella le hizo un saludo con su cabeza gris y se dirigió a la cocina. Billy Buck se sentó a esperar en los peldaños, pues era simplemente un peón y no sería correcto que entrara el primero en el comedor. En aquel momento oyó cómo mister Tiflin se ponía las botas dentro de la casa.

El ruido agudo y discordante del triángulo puso en movimiento al niño Jody. Era un pequeño de diez años de edad, con unos cabellos como césped amarillo y

polvoriento, ojos grises y atentos, y una boca que movía continuamente al compás de sus pensamientos. El triángulo le arrebató de su sueño, y ni por un segundo se le ocurrió desobedecer su agudo mandato. Nunca lo había hecho, ni nadie que él conociera lo había hecho jamás. Se peinó la maraña de cabellos que le caían sobre los ojos y se quitó de prisa la camisa de dormir. En un momento estuvo listo, con su camisa de cambray azul y su mono. Como ya estaba entrado el verano, no había por qué preocuparse por los zapatos. En la cocina, aguardó a que su madre se apartara del fregadero y se dirigiera al hornillo. Entonces se lavó y alisó los cabellos húmedos con los dedos. Su madre se volvió bruscamente a examinarle, y Jody desvió los ojos con timidez.

—Voy a tener que cortarte pronto el pelo —le dijo su madre—. El desayuno está en la mesa. Ve allí a fin de que Billy pueda entrar.

Jody se sentó a la larga mesa, cubierta con un mantel de hule blanco que, de tanto lavarlo, aparecía gastado en algunos lugares. Los huevos fritos estaban colocados en hileras en una fuente. Jody colocó tres en su plato y los acompañó con tres gruesos trozos de tocino, raspando cuidadosamente una mancha de sangre de una de las yemas.

Billy Bucle entró pisando fuertemente.

—Eso no te hará daño —le explicó a Jody—. No es sino una huella que deja el gallo.

El padre de Jody, alto y severo, entró entonces, y por el ruido de sus pisadas supo Jody que tenía colocadas las botas; mas, para cerciorarse, miró debajo de la mesa. Su padre apagó la lámpara de petróleo que había sobre la mesa, pues la luz matinal entraba ya por las ventanas.

Jody no preguntó adonde irían su padre y Billy Buck con los caballos; pero hubiera deseado ir con ellos. Su padre era muy severo respecto a la disciplina y Jody le obedecía en todo sin chistar. Carl Tiflin se había sentado y estiraba el brazo para alcanzar la fuente que contenía los huevos.

—¿Tienes las vacas listas, Billy? —preguntó.

—Están en el corral de abajo —respondió Billy—. Yo podría llevarlas solo.

—Claro que sí, pero un hombre necesita compañía. Además, tu garganta se seca a menudo.

Carl Tiflin estaba jovial aquella mañana.

La madre de Jody asomó la cabeza por la puerta.

—¿A qué hora piensas estar de regreso, Carl?

—No lo sé. Tengo que ver a unos hombres en Salinas. Tal vez al obscurecer.

Los huevos, el café y los grandes bizcochos desaparecieron rápidamente. Jody salió de la casa tras de los dos hombres. Se quedó mirándoles mientras montaban sus caballos y sacaban del corral seis viejas vacas lecheras, emprendiendo luego el camino por la colina hacia Salinas. Iban a vender las vacas viejas al carnicero.

Después de verles desaparecer por la cima de la colina, subió al cerro que se hallaba detrás de la casa. Al verle, los perros trotaron a su alrededor arqueando sus lomos y haciendo grandes demostraciones de placer. Jody les palmoteo las cabezas. Eran dos: *Doubletree Mutt*, el de la cola gruesa y ojos amarillos, y *Smasher*, el pastor que había matado a un coyote, perdiendo una oreja, en la hazaña. Su única oreja buena se alzaba ahora más arriba, de lo normal en un perro pastor. Billy Buck decía que así ocurría siempre. Después de su entusiasta bienvenida, los perros agacharon los hocicos hasta el suelo y siguieron adelante mirando de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que el niño venía tras ellos. Pasaron así el corral de las aves y vieron a la codorniz comiendo con los pollos. *Smasher* persiguió un poco a los pollos, para no perder la práctica por si alguna vez había rebaño que cuidar. Jody prosiguió a través de la huerta, donde el trigo verde era más alto que su cabeza. Las calabazas estaban aún verdes y eran pequeñas. Siguió hasta el borde de la artemisa, donde la fresca corriente de agua se salía de su cañería cayendo a una tina redonda de madera. Inclínándose

sobre ella, bebió muy cerca de la madera musgosa, allí donde el agua tenía mejor sabor. En seguida se volvió para mirar hacia el rancho, hacia la casa baja y blanca, rodeada de geranios rojos, y hacia la casa de los peones. Junto al ciprés, donde Billy Buck vivía solo, Jody podía ver la gran caldera negra debajo del árbol. Allí se escaldaban los cerdos. El sol comenzaba a asomar ya sobre la colina y resplandecía sobre el encalado de las casas y los graneros, haciendo brillar suavemente el césped húmedo. A su espalda, en la alta artemisa, los pájaros se escabullían sobre el suelo, haciendo un gran ruido entre las hojas secas; las ardillas chillaban en las cuevas de la ladera. Jody paseó la mirada por los edificios de la granja. Percibía una incertidumbre en el aire, una sensación de cambio, de pérdida y de ganancia, cosas nuevas y poco familiares. Dos grandes cuervos negros descendieron sobre la colina y sus sombras se deslizaron suaves y veloces precediéndoles. Algún animal había muerto en la vecindad. Jody lo sabía. Quizá fuera una vaca o tal vez algún conejo. Los cuervos no despreciaban nada. Jody los aborrecía; pero ellos, inconscientes de este odio, huyeron con la carroña.

Al cabo de un instante, el muchacho comenzó a descender la colina. Los perros habían renunciado hacía largo rato a su compañía y se habían marchado al matorral a hacer las cosas a su manera. Jody regresó por la huerta, deteniéndose un momento para aplastar un melón verde con el pie; pero esto no le proporcionó ningún placer. De sobra sabía que aquello estaba mal, y para ocultarlo echó tierra sobre el destrozado melón.

De regreso a la casa, tendió las manos a su madre para que le inspeccionara las uñas. Poco objeto tenía en realidad asearle para la escuela, porque en el camino podían acontecer muchas cosas. Ella suspiró al ver las grietas negras de sus dedos, después le entregó sus libros y su almuerzo y le envió a recorrer la milla que tenía que hacer hasta la escuela.

Jody llenó sus bolsillos de pequeños trozos de cuarzo blanco que encontró por el camino, y de vez en cuando

los tiraba a algún pájaro o a algún conejo que había estado tomando el sol demasiado rato en el sendero. En el cruce de caminos, sobre el puente, encontró a dos camaradas, y los tres siguieron juntos hasta la escuela haciendo gestos cómicos. El colegio estaba abierto hacía sólo dos semanas y entre los alumnos persistía aún cierto espíritu de rebeldía.

Eran las cuatro de la tarde cuando Jody asomó nuevamente por la colina y volvió a mirar hacia el rancho. Buscó los caballos de silla, pero el corral estaba vacío. Su padre aún no había regresado. Entonces se encaminó lentamente a sus quehaceres vespertinos. En la casa del rancho encontró a su madre sentada bajo el pórtico, remendando calcetines.

—En la cocina hay dos buñuelos para ti —le dijo.

Jody se dirigió a la cocina y regresó con la mitad de uno de los buñuelos en una mano y la boca llena. Su madre le interrogó acerca de lo que había aprendido en el colegio aquel día, pero no escuchó la respuesta que él le dio, masticando su buñuelo.

—Jody, pon atención en llenar bien la leñera —le interrumpió—. Anoche cruzaste los palos y no quedó ni siquiera la mitad. Esta noche procura colocar los palos bien extendidos. Ah... y algunas de las gallinas están escondiendo sus huevos, o bien los perros se los están comiendo. Busca en el césped y mira si encuentras algún nido.

Masticando siempre, Jody salió a cumplir estas tareas. Nuevamente la codorniz bajó a comer con los pollos cuando él les arrojó el grano. Por alguna razón a su padre le enorgullecía de que así fuera, y jamás permitía que dispararan cerca de la casa, por temor de ver alejarse a la codorniz.

Cuando la leñera estuvo llena, Jody se fue con el rifle hasta el manantial situado junto al límite de la artemisa. Bebió allí nuevamente, y luego apuntó el rifle a toda clase de cosas: a rocas y pájaros, y a la gran caldera negra situada debajo del ciprés; pero no disparó, porque no tenía cartuchos, ni los tendría hasta que cumpliera doce años. Si su padre le hubiese

visto apuntando en dirección a la casa, habría retrasado un año más la entrega de cartuchos. Recordando esto, Jody desvió su rifle. Ya era demasiado esperar dos años para tener cartuchos. Casi todos los regalos de su padre estaban sometidos a condiciones que en cierto modo disminuían su valor. En cambio, esto constituía una buena disciplina.

La cena fue aplazada hasta la llegada del padre. Cuando apareció por fin con Billy Buck, Jody les sintió en el aliento un delicioso aroma a coñac, de lo cual se regocijó interiormente, pues su padre estaba locuaz cuando olía a licor, y a veces hasta le contaba cosas que había hecho en los alegres días de su mocedad.

Después de la cena, Jody se sentó junto al fuego y sus ojos recorrieron tímidamente los rincones de la habitación, en espera de las noticias que su padre traía; pero tuvo una decepción cuando, apuntando un dedo hacia él, Carl Tiflin le dijo:

—Es mejor que vayas a acostarte, Jody. Voy a necesitarte por la mañana.

Aquello no estaba tan mal. A Jody le gustaba hacer cosas, siempre que no fuesen las rutinarias. Miró al suelo, movió los labios antes de hacer una pregunta tímidamente.

—¿Qué vamos a hacer por la mañana, matar un cerdo?

—No pienses en ello. Es mejor que te vayas a la cama.

Cuando la puerta se cerró tras él, Jody oyó que su padre y Billy Buck reían entre dientes y comprendió que se trataba de alguna broma. Y más tarde, mientras yacía en cama, tratando de descifrar las palabras en medio del murmullo que se oía en la habitación vecina, oyó a su padre protestar.

—Pero, Ruth, si no pagué mucho por él.

Jody oyó a los buhos que cazaban ratas en el granero y el ruido que hacía la rama de un árbol frutal contra la casa. Una vaca mugía cuando se quedó dormido.

Cuando el triángulo sonó a la mañana siguiente, Jody se vistió más aprisa que de costumbre. En la cocina, mientras se lavaba la cara y se peinaba el cabello, su madre le dijo irritada:

—No saldrás hasta que no hayas tomado un buen desayuno.

Se dirigió al comedor y se sentó a la larga mesa blanca. Cogió de la fuente un pastelillo humeante, colocó dos huevos fritos encima, los cubrió con otro pastelillo y lo aplastó todo con su tenedor.

Su padre y Billy Buck entraron juntos. Por el ruido de sus pisadas, Jody supo que ambos llevaban puestos sus zapatos ordinarios; no obstante, para asegurarse, miró por debajo de la mesa. Su padre apagó la lámpara de petróleo, pues el día había llegado. Tenía un aire grave y altanero, mientras que Billy Buck rehuía las tímidas miradas inquisitivas del muchacho, sumergiendo un trozo de tostada en su café.

Carl Tiflin dijo malhumorado:

—Tú vendrás con nosotros después del desayuno.

A partir de ese momento, Jody no pudo tomar su desayuno en paz, pues sentía cernirse algo malo en el ambiente. Después que Billy ladeó su platillo para beberse el café que había derramado en él, y se limpió las manos en su ropa de algodón, los dos hombres se levantaron y salieron juntos a la luz de la mañana. Jody les siguió respetuosamente, rezagándose un poco. Trataba de impedir que sus pensamientos se adelantaran a los hechos, haciendo lo posible por dejar su mente fija.

—¡Carl! —llamó su madre—. No dejes que el niño pierda su colegio.

Caminaron más allá del ciprés, de una de cuyas ramas colgaba un palo para matar los cerdos, y más allá de la gran marmita de hierro negro; por consiguiente, no se trataba de matar a un cerdo. El sol brillaba sobre la colina, proyectando las largas sombras de los árboles y de los edificios. Cruzaron un campo de rastrojo a fin de acortar el camino hacia la cuadra. El padre de Jody desenganchó la puerta y entraron. Habían estado caminando cara al sol, y la cuadra estaba negra como boca de lobo, en contraste con el exterior, y tibia por el heno y el calor de las bestias. El padre de Jody se dirigió hacia un pesebre.

—¡ Ven aquí! —ordenó.

Jody, cuyos ojos comenzaban ya a percibir las cosas, miró al pesebre y retrocedió vivamente.

Un pony colorado le miraba desde la casilla. Sus tensas orejas estaban echadas hacia delante, y un relámpago de desobediencia le brilló en los ojos. Tenía un pelaje áspero y grueso como la piel de un *airedale*, y la crin larga y enmarañada. A Jody le pareció que se le agolpaba toda la respiración en la garganta al verle.

—Necesita mucho cuidado —dijo su padre—. Y ahora, es cúchame: si llego a enterarme de que no lo has alimentado debidamente o que has dejado su pesebre sucio, lo venderé en el acto.

Jody no podía seguir mirando los ojos del pony. Bajó los ojos hasta sus manos y preguntó tímidamente:

—¿Es mío?

No obtuvo respuesta alguna. Tendió entonces su mano hacia el pony, el cual acercó su hocico grisáceo, olfateándole ruidosamente: en seguida frunció los labios y sus fuertes dientes se cerraron sobre los dedos de Jody. Después sacudió la cabeza de arriba abajo, como si riera divertido. Jody miró sus dedos heridos.

—Bueno —dijo con orgullo—, supongo que tiene derecho a morder.

Los dos hombres se echaron a reír, sintiéndose aliviados. Carl Tiflin salió de la cuadra y comenzó a subir las laderas de la colina para estar a solas, pues sentíase confundido; pero Billy Buck se quedó.

—¿Es mío?

Billy asumió un tono profesional.

—¡Claro que sí! Siempre que lo cuides y trates bien. Yo te enseñaré cómo se hace. No es sino un potro, de modo que no podrás montarlo por algún tiempo.

Jody volvió a extender su mano lastimada, y esta vez el pony colorado se dejó restregar la nariz.

—Debería ir a buscarle una zanahoria —dijo—. ¿De dónde lo sacaron, Billy?

—Lo compramos en una subasta del *sheriff* —explicó Billy Buck—. Un circo fracasó en Salinas dejando deudas, y el *sheriff* resolvió vender sus propiedades.

El pony alargó su hocico, sacudiéndose una guedeja que le caía sobre los ojos. Jody le acarició un rato la nariz, preguntando después tímidamente:

—¿No hay... una silla de montar?

Billy Buck rió.

—Me había olvidado. Ven conmigo.

En el cuarto de arneses encontró una pequeña silla de tafiote rojo.

—Es una silla para lucimiento —dijo Billy Buck un poco desdeñosamente—. No es práctica para la pradera, pero la vendieron barata.

Jody casi no se atrevía a mirar la silla ni a hablar. Acarició con los dedos el cuero rojo reluciente, y al cabo de un largo rato exclamó:

—¡Pero estará bonita sobre él!—Pensaba en las cosas más bellas y magníficas que conocía—. Si aún no tiene nombre, creo que le llamaré *Gavilán* montañés —dijo.

Billy Buck comprendía los sentimientos del muchacho.

—Es un nombre demasiado largo —dijo—. ¿Por qué no le llamas simplemente *Gavilán*? Sería un bonito nombre para él.

—Billy se sentía contento—. Si me das unas cuantas crines, te haré una correa —agregó—. Y podrías usarla como cabezada.

Jody quería regresar al pesebre.

—¿No podría llevarlo a la escuela... para mostrárselo a los chicos?

Billy sacudió la cabeza.

—No está lo suficientemente domado todavía. Bastante trabajo nos costó traerlo hasta aquí. Casi nos vimos obligados a arrastrarlo. Bueno, y ahora, vete a la escuela.

—Entonces, voy a traer a los chicos aquí para que lo vean —dijo Jody.

* * *

Media hora antes que de costumbre, seis chicos aparecieron tras la colina aquella tarde. Corrían con la cabeza inclinada, agitando los brazos y respirando fuertemente. Pasaron como una exhalación junto a la casa y cortaron por el campo de rastrojo hasta la cuadra. Allí se detuvieron frente al pony, mirando después a Jody con una mirada en la que había una nueva admiración y un nuevo respeto. Antes de aquel día, Jody había sido un muchacho vestido con un mono y una camisa azul, más sosegado que la mayoría, y de quien hasta se sospechaba que fuera un poco cobarde. Ahora era diferente. De mil siglos extraían ellos la antigua admiración que el hombre, que va a pie siente por el jinete. Sabían, instintivamente, que un hombre montado en un caballo es espiritual y físicamente superior a un hombre a pie. Sabían que Jody había sido milagrosamente alzado de su, propio nivel y había sido colocado por encima de ellos. *Gavilán* sacó la cabeza de la casilla y los olfateó.

—¿Por qué no lo montas? —exclamaron ios muchachos—. ¿Por qué no le atas cintas a la cola como en la feria? ¿Cuándo vas a montarlo?

Jody estaba lleno de coraje sintiendo él también la superioridad del jinete.

—Aún no tiene la edad suficiente. Nadie podrá montarlo por un largo tiempo. Yo voy a adiestrarlo poco a poco. Billy Buck va a enseñarme.

—Pero, ¿ni siquiera podemos hacerle trotar un poco?

—No está amansado ni siquiera para esto —respondió Jody, que deseaba estar completamente solo cuando sacara al pony por vez primera—. Vamos a ver la montura.

Los chicos se quedaron mudos de asombro ante la silla de tafiote rojo; estaban demasiado impresionados para poder hacer comentario alguno.

—No servirá de gran cosa en los matorrales— dijo Jody—, pero quedará muy bonita puesta sobre él. Quizá yo lo monte sin silla cuando vaya a la pradera.

—¿Cómo vas a enlazar una vaca sin montura?

—Quizá tenga una silla de montar para uso diario. Tal vez mi padre quiera que le ayude a arrear el ganado.

Jody permitió a los muchachos que palparan la silla roja y les mostró la cadena de bronce del bocado en la rienda y los grandes botones de bronce en cada lugar donde se cruzaban la banda de la testera y de la frente. Todo aquello era maravilloso; pero al cabo de un rato tuvieron que marcharse, y cada niño buscaba mentalmente entre las cosas que poseía algún cebo para ofrecer a Jody, a cambio de que le permitiera montar una vez al pony colorado cuando éste estuviera listo.

Jody se alegró de que se fueran. Cogió el cepillo y la almohaza de la pared, bajó la barrera del pesebre y entró cautelosamente. Los ojos del pony brillaron, giró colocándose en posición para dar coces; pero Jody le palmoteo el lomo y le restregó el arco de su cuello, como había visto hacer a Billy Buck, murmurando en voz baja:

—Quie... eto, muchacho.

Gradualmente, el pony relajó su tensión. Jody le almohazó y cepilló hasta que el pelaje del pony brilló con un tono rojizo, y sobre el pesebre quedó un montón de pelo muerto. Pero el muchacho no se daba por satisfecho. Trenzó la crin en una docena de trencillas, trenzó la guedeja que caía sobre la frente del animal y después las deshizo y volvió al cepillar el pelo.

Jody no sintió entrar a su madre. Venía dispuesta a reñirle; pero cuando miró al pony y a Jody trabajando con él, sintió surgir dentro de ella un extraño sentimiento de orgullo.

—¿Te has olvidado de la leñera? —preguntó suavemente—. Es ya casi de noche y no hay un trozo de leña en la casa ni has dado de comer a las gallinas.

Jody guardó rápidamente sus herramientas.

—Me había olvidado, mamá.

—Bueno, en adelante, cumple primero tus quehaceres. Así no los olvidarás. Me parece que ahora vas a olvidarte de muchas cosas si yo no te vigilo.

—¿Puedo sacar zanahorias de la huerta para él?

Ella reflexionó un momento.

—Bueno... creo que sí, siempre que sólo cojas las grandes y más duras.

—Las zanahorias son buenas para el pelaje —dijo Jody; y nuevamente ella experimentó una extraña sensación de orgullo.

* * *

Después de la llegada del pony, Jody nunca tuvo que esperar que sonara el triángulo para saltar de la cama, sino que se convirtió en un hábito escurrirse fuera del lecho aun antes que su madre despertara, y salir calladamente hasta la cuadra para ver a *Gavilán*. En las mañanas grises, cuando la tierra, y el monte, y las casas, y los árboles, tenían un tono plateado y negro como un negativo de fotografía, se deslizaba hasta el establo pasando junto a las piedras y al ciprés inmóvil. Los pavos que dormían en el árbol, fuera del alcance de los coyotes, graznaban soñolientos. Los campos brillaban con una luz casi gris como de escarcha, y en el rocío se percibían claramente las huellas de los conejos y de las ratas. Los buenos perros se apresuraban a salir de sus casetas gruñendo tercamente; pero, después de olfatear a Jody, meneaban las colas en un saludo amistoso, y después *Doubletree*, con su gran cola gruesa, y *Smasher*, el pastor incipiente, regresaban perezosamente a sus tibios lechos.

Para Jody, aquél era un extraño y misterioso viaje; era como la prolongación de un sueño. Cuando tuvo al pony, le gustaba torturarse durante el trayecto, pensando que *Gavilán* no estaría en su establo, o, lo que era aún peor, que jamás había estado allí. A esto se agregaban otras deliciosas torturas que se infligía a sí mismo. Pensaba que las ratas habían roído el cuero de la silla de montar y la cola de *Gavilán* dejándola delgada y fibrosa. Por lo general, echaba a correr en el último trecho hasta el establo, descorría cuidadosamente la aldabilla herrumbrosa de la puerta y entraba procurando no hacer ruido; pero siempre *Gavilán*

estaba mirándole por encima de la barrera de su pesebre; entonces, relinchaba suavemente y agitaba la pata delantera, y los ojos le relumbraban como ascuas de roble.

A veces, en los días en que los caballos de labranza eran utilizados, Jody encontraba a Billy Buck en el establo, enjaezándolos y almohazándolos. Billy se detenía junto á él, contemplaba largamente a *Gavilán* y le contaba a Jody cosas acerca de los caballos. Le explicaba que ellos sentían mucho temor por sus piernas, de manera que había que levantárselas cuidadosamente y palmotearles el abdomen y los tobillos para quitarles el terror. También le contó que a los caballos les gustaba la conversación, y que debía hablarle todo el tiempo al pony, contándole las razones de todo lo que hacía. Billy no podía asegurar que un caballo entendiera todo lo que se le decía; pero era evidente que comprendía bastante. Un caballo jamás se alborotaba ni encabritaba si alguien a quien quisiera, le explicaba lo que ocurría. Billy podía citar muchos ejemplos de ello. Él había conocido, cierta vez, a un caballo a punto de caer muerto de fatiga y que se enderezó cuando se le dijo, que ya faltaba muy poco para llegar al lugar de su destino. Y había conocido a otro, que estaba paralizado de terror y que se había reanimado al explicarle su jinete qué era lo que le asustaba. Mientras charlaba de este modo por las mañanas, Billy Buck cortaba veinte o treinta pajas de tres pulgadas de largo y las incrustaba en el cintillo de su sombrero. Así durante el día, si quería escarbarse los dientes o simplemente masticar algo, no tenía más que mascar una.

Jody le escuchaba atentamente, pues sabía, como lo sabía toda la comarca, que Billy Buck era muy entendido en caballos. El propio caballo de Billy era un penco con una cabeza como un martillo, pero casi siempre ganaba los primeros premios en los rodeos. Billy era capaz de enlazar un novillo, darle dos vueltas a las astas con un lazo y apearse de su caballo, mientras este último continuaba manejando al novillo como maneja

un pescador el pez que ha cogido tirando fuertemente del cordel, hasta derribarlo o vencerlo.

Todas las mañanas, después que Jody había cepillado y almohazado al pony, quitaba la barra del pesebre y *Gavilán* se lanzaba fuera, poniéndose a galopar por el corral. A veces daba un brinco y se paraba con las patas tiesas. Se quedaba entonces temblando, con las orejas echadas hacia delante y fingía estar asustado, girando los ojos en tal forma que mostraba toda la parte blanca. Finalmente, se dirigía resoplando hacia el abrevadero y allí hundía el hocico en el agua hasta las ventanillas. Jody se sentía orgulloso entonces, pues sabía que ésta era una manera de aquietar a un caballo. Los caballos ordinarios apenas tocan el agua con sus labios; pero una bestia de raza hunde en ella todo el hocico, dejando sólo espacio necesario para respirar.

Mientras cuidaba al pony, Jody observó cosas que nunca antes había observado en ningún caballo: los músculos suaves y escurridizos del flaneo y los tendones de las ancas que se desdoblaban como un puño al cerrarse, y el brillo que el sol daba al pelaje rojo del animal. A pesar de haber visto caballos toda su vida, Jody no los había mirado nunca antes de cerca. Ahora, en cambio, percibía las orejas movibles que daban expresión y hasta matices de expresión a la cara. El pony hablaba con sus orejas. Uno podía decir exactamente lo que él sentía respecto de las cosas por la forma en que enderezaba las orejas. A veces las tenía tiesas y rectas, y otras relajadas y gachas. Cuando estaba enojado o atemorizado las echaba hacia atrás. Y hacia delante, en cambio, cuando se sentía ansioso, curioso o complacido. Siempre la posición exacta de ellas indicaba las emociones que el animal experimentaba.

Billy Buck cumplió su palabra. A comienzos del otoño comenzó la doma. Primero venía el cabestraje, la parte más difícil, porque era la primera de todas. Jody tenía en sus manos una zanahoria, con la cual engatusaba al pony mientras tiraba del cordel. El pony afirmaba las patas como un burro al sentir la tirantez, pero no

tardó mucho en aprender. Jody recorría todo el rancho conduciéndolo. Poco a poco, fue soltando el cordel, hasta que el pony le siguió, sin que le guiara, adondequiera que el niño fuese.

Luego vino el adiestramiento con el ronzal largo. Era un trabajo más lento. Jody se paraba en el centro de un círculo, sujetando el cabestro largo, chasqueaba la lengua, y el pony comenzaba a caminar en un círculo amplio, sujetado por el cabestral largo. En seguida, el niño hacía con la lengua otro chasquido para hacer trotar al pony y otro aún para hacerle galopar, mientras *Gavilán* daba vueltas y más vueltas con gran alboroto y disfrutando inmensamente con aquello. Después el muchacho gritaba; «¡Whoa!», y el pony se detenía. No tardó mucho *Gavilán* en hacerlo todo de modo perfecto; pero en muchos aspectos era un mal pony. Mordía a Jody en los pantalones y le pisaba los pies. A veces echaba las orejas hacia atrás y lanzaba una tremenda coz al muchacho. Y cada vez que hacía estas cosas perversas parecía reírse para sus adentros.

Por las noches, Billy Buck trabajaba en la correa. Jody había coleccionado crines en una bolsa y se sentaba a mirar cómo Billy iba formando lentamente la correa, entretejiendo primero unos cuantos pelos para hacer un torzal, enrollando en seguida dos torzales para hacer una soga y trenzando por último una cantidad de sogas para hacer la correa. Al terminar, Billy la emparejaba en el suelo con sus pies, dejándola redonda y dura.

El trabajo con el cabestro largo se aproximaba rápidamente a la perfección. Un día que el padre de Jody observaba al pony detenerse y trotar y galopar, exclamó algo inquieto:

—Parece que está resultando un pony de circo. No me gustan los caballos de circo. Le quita toda dignidad a un caballo el ponerse a hacer piruetas. Un caballo de circo es como un actor: no tiene dignidad ni personalidad propia.

Después agregó:

—Creo que lo mejor será que le acostumbres cuanto antes a la montura.

Jody se precipitó al cuarto de los arneses. Desde hacía algún tiempo había estado montando su silla en un caballete de madera, cambiando una y otra vez el largo de los estribos, sin que jamás pudiera acertar con la medida exacta. A veces, montado en el caballete equipado con correaes, peleros y arneses, Jody cabalgaba con su rifle más allá de la habitación, y sentía el golpe de los cascos galopantes, mientras los campos pasaban delante de sus ojos como una exhalación...

* * *

La tarea de ensillar al pony por vez primera fue ardua. *Gavilán* corveteó, se encabritó y lanzó lejos la silla, antes de que pudieran apretarle la cincha. Fue preciso colocársela una y otra vez, hasta que, finalmente, el pony se quedó tranquilo. La cinchadura fue igualmente difícil. Día tras día, Jody la ceñía un poco más, hasta que al pony ya no le importó sentir la silla.

Después vino el freno. Billy le explicó cómo debía usar uno de cordel durante un tiempo, hasta que *Gavilán* se hubiera acostumbrado a tener algo en la boca.

—Claro que podríamos obligarle a esto —explicó Billy—; pero entonces no sería tan buen caballo. Siempre tendría un poco de temor.

La primera vez que el pony tuvo colocado el freno sacudió la cabeza de un lado a otro, trató de quitárselo con la lengua hasta que la sangre manó de su boca, e intentó restregar la testera contra el pesebre. Sus orejas se movían en todas direcciones y los ojos se le pusieron rojos de temor y rebeldía. Jody se alegraba de verle, pues sabía que sólo un caballo de alma menguada no se resiente en la doma.

Al solo pensamiento de que llegaría el momento de montar el animal, Jody temblaba. Sin duda, el pony iba a arrojarlo lejos. Sin embargo, no habría ignominia en

ello. Lo ignominioso sería no ponerse de pie en el acto y volver a montarlo. A veces soñaba que yacía en el lodo, y lloraba y no podía volver a montar el animal. La vergüenza y el sueño duraban hasta el mediodía.

Gavilán crecía rápidamente. Ya no tenía las piernas largas típicas de un potrillo; su crin había crecido y estaba más negra. Bajo el constante almohazamiento y cepilladura su pelaje era suave y brillante como laca rojiza. Jody le aceitaba los cascos y los mantenía cuidadosamente limpios para que no crujieran.

La correa estaba casi terminada. El padre de Jody le dio un viejo par de espuelas, doblando hacia dentro las barras laterales y acortando las correas y las cadenillas hasta que calzaron bien. Y un buen día, Carl Tiflin dijo:

—El pony está creciendo más rápidamente de lo que yo había pensado. Creo que podrás montarlo para el Día de Acción de Gracias. ¿Crees que estarás listo para entonces?

—No sé —dijo Jody tímidamente.

Sólo faltaban tres semanas para el Día de Acción de Gracias. Esperaba que no lloviera, porque la lluvia mancharía la silla roja.

Gavilán había aprendido a conocer y a querer a Jody. Cuando el niño se acercaba por el campo de rastrojo el caballo lo acechaba. Otras veces, cuando el animal pastaba, solía acudir corriendo a la llamada de su amo, pues sabía que éste le traía siempre una zanahoria.

Billy Buck daba a Jody toda suerte de instrucciones para montar.

—Cuando te subas al animal, sujétate firmemente con las rodillas y ten las manos alejadas de la silla, y si te arroja al suelo, no te atemorices por ello. Por bueno que sea un hombre, siempre hay un caballo que puede tirarlo lejos. En ese caso, vuelve a montarlo antes de que el caballo se sienta satisfecho por lo que ha hecho; al cabo de poco no volverá a repetirlo, y muy pronto no podrá hacerlo.

—Espero que no llueva —dijo Jody.

—¿Por qué no? ¿Temes que te lance al barro?

En parte, su aprensión se debía a esto, y en parte al temor de que en la agitación de la monta, *Gavilán* pudiera resbalar y caer sobre él y romperle una pierna o una cadera. Había visto sucederle esto a algunos hombres, los había visto retorcerse de dolor en el suelo como chinches aplastadas, y tenía miedo.

En el caballo de madera ensayó la manera de sujetar las riendas con la mano izquierda y un sombrero en la derecha. Al tener ocupadas las manos en esta forma, no podría tratar de aferrarse al animal si se sentía lanzado. No quería pensar en lo que ocurriría si procedía así. Quizá su padre y Billy Buck no volverían a hablarle nunca más de pura vergüenza, y la noticia llegaría luego a oídos de su madre, quien también sentiría vergüenza por él. Y no quería pensar siquiera en lo que ocurriría en la escuela...

Comenzó a afirmarse con su peso en un estribo cuando *Gavilán* estaba ensillado, pero sin pasar la pierna por encima del lomo. Eso estaba prohibido hasta el Día de Acción de Gracias. Todas las tardes le colocaba al pony la montura roja y la ceñía fuertemente. El pony estaba aprendiendo ya a inflar su estómago mientras le cinchaban y a relajarlo cuando las correas estaban fijas. A veces, Jody le llevaba cerca del matorral, y le dejaba beber en la tina verde; otras veces, le conducía a través del campo de rastrojo hasta la cima de la colina desde la cual se alzaba la blanca ciudad de Salinas y los campos geométricos del gran valle, y las hileras de robles interrumpidas por los rebaños. De vez en cuando atravesaban la pradera y llegaban hasta pequeños claros tan cercados por setos, que el mundo desaparecía y sólo el cielo y el círculo de la pradera subsistían de la antigua vida. A *Gavilán* le gustaban aquellas excursiones y lo demostraba manteniendo la cabeza erguida y las ventanillas de la nariz palpitantes de interés. De regreso de aquellas expediciones ambos traían el dulce aroma de la salvia por la que habían abierto camino.

* * *

Los días se arrastraron hasta el de Acción de Gracias, pero el invierno llegó pronto. Nubes amenazadoras se cernieron sobre la tierra rozando las cimas de las colinas, y el viento soplaba con un silbido agudo por las noches. Durante el día, las hojas secas de los robles caían de los árboles hasta que cubrieron todo el suelo; mas los árboles continuaban inmutables.

A pesar de los deseos de Jody, antes del Día de Acción de Gracias comenzó a llover. La tierra parda se volvió obscura y los árboles relucían. Los extremos cortantes del rastrojo se pusieron negros con el añublo; las parvas se veían grises de estar expuestas a la humedad, y en los tejados, el musgo, que todo el verano había tenido un color gris de lagarto, se tornó de un amarillo verdoso brillante. Durante la semana que duró la lluvia, Jody mantuvo al pony en su pesebre, resguardado de la humedad, y sólo lo sacaba a hacer un poco de ejercicio cuando regresaba de la escuela, llevándolo a beber agua al abrevadero en el corral alto. Ni una sola vez *Gavilán* se mojó.

El tiempo húmedo continuó hasta que apareció el nuevo césped. Jody iba al colegio vestido con un impermeable y zapatos de goma. Una mañana, por fin, salió el sol resplandeciente, y Jody, que trabajaba en el establo, le dijo a Billy Buck:

—Tal vez deje a *Gavilán* en el corral cuando vaya al colegio más tarde.

—Le sentará bien tomar un poco de sol —le aseguró Billy—. A ningún animal le gusta estar encerrado mucho tiempo. Tu padre y yo iremos a la colina a limpiar de hojas el manatial —concluyó Billy, escarbándose los dientes con una de sus pequeñas pajas.

—Sin embargo, si lloviera,.. —insinuó Jody.

—No es probable que llueva. Ya ha caído toda el agua.

—Billy se subió las mangas y palmoteo sus brazos desnudos—. Y en caso de que lloviera, un poco de agua no le hace mal a un caballo.

—Pero si llueve, usted lo guardará, Bill, ¿me lo promete?

Temo que se resfríe y no pueda montarlo cuando llegue el momento.

—No tengas cuidado. Yo cuidaré de él si regresamos a tiempo. Pero hoy no lloverá.

Así fue como Jody, al marcharse aquel día el colegio, dejó a *Gavilán* en el corral.

Bill no se equivocaba jamás en muchas cosas. Aquel día, sin embargo, se equivocó respecto al tiempo, y poco después de mediodía las nubes se precipitaron sobre las colinas y comenzó a caer el agua. Jody la sintió golpear sobre el tejado de la escuela. Estuvo a punto de alzar el dedo pidiendo permiso para ir al retrete y, una vez fuera, correr a su casa a guardar el pony. Pero esto significaba un castigo seguro tanto en el colegio como en su casa. Renunció, pues, a esta idea, confiando en la seguridad que le diera Billy de que la lluvia no hacía daño a los caballos. Cuando terminaron las clases se apresuró a caminar hacia su casa bajo la espesa lluvia. A orillas del camino saltaban chorros de agua barrosa. La lluvia caía oblicuamente y se arremolinaba azotada por un viento frío y borrascoso. Jody corrió hacia su casa, salpicándose con el barro de la carretera.

Desde la cima de la colina vio a *Gavilán* lastimosamente parado en medio del corral. Su pelaje colorado veíase casi negro y veteado de agua. Permanecía con la cabeza gacha y las ancas expuestas a la lluvia y al viento. Jody llegó corriendo, abrió de par en par la puerta de la cuadra y condujo al pony por la guedeja de pelo de su frente. En seguida buscó una bolsa harinera y frotó el pelaje empapado del animal. *Gavilán* dejaba hacer pacientemente, pero temblaba por ráfagas, como el viento.

Cuando hubo secado al pony lo mejor que pudo, Jody fue en busca de agua caliente empapando el grano en ella. *Gavilán* parecía no tener hambre. Mordisqueó indiferente la mezcolanza caliente, estremeciéndose de vez en cuando. Un ligero vapor salía de su lomo húmedo.

Anocheecía ya cuando Billy Buck y Carl Tiflin llegaron a la casa.

—Cuando comenzó a llover nos detuvimos en casa de Ben Harche, y luego no pudimos partir en toda la tarde a causa de la lluvia —explicó Carl Tiflin.

Jody miró con reproche a Billy Buck, quien se sintió culpable.

—Usted me dijo que no iba a llover —le acusó Jody.

Billy desvió la mirada.

—Es difícil poder predecirlo en esta época del año —dijo, pero su excusa era imperfecta. No tenía derecho a equivocarse, y lo sabía.

—El pony se mojó completamente.

—¿Lo secaste?

—Lo froté con un saco y le di cebada caliente.

Billy asintió.

—¿Cree usted que se va a resfriar, Billy?

—Un poco de lluvia no le ha hecho nunca daño a nadie —le tranquilizó Billy.

El padre de Jody se unió entonces a la conversación, sermoneando ligeramente al muchacho.

—Un caballo —dijo —no es un perro faldero.

La madre de Jody colocó sobre la mesa una fuente con bistés y patatas cocidas, que enturbiaron la habitación con su vapor. Se sentaron a comer y Carl Tiflin siguió refunfuñando algo acerca de que los animales y los hombres se tornaban débiles con el exceso de mimos.

Billy Buck se sentía mal a causa de su equivocación.

—¿Le tapaste con una manta? —preguntó.

—No. No pude encontrar ninguna. Le puse algunas bolsas sobre el lomo.

—Cuando terminemos de cenar iremos entonces a abrigoarlo un poco —dijo Billy tratando de reparar su yerro.

Después que Carl Tiflin fue a sentarse junto al fuego y su esposa a lavar los platos, Billy buscó una linterna, la encendió y él y Jody caminaron por el barro hacia el establo. La cuadra estaba obscura, tibia y acogedora. Los caballos masticaban todavía su heno de la noche.

—¡Sujeta tú la linterna! —ordenó Billy.

Palpó las piernas del pony y sintió el calor de sus flancos, apoyó sus mejillas contra el hocico del animal, le volvió los párpados para mirarle los globos de los ojos y le levantó los labios para examinarle las encías. Finalmente le metió los dedos en las orejas.

—No parece tan robusto —dijo—. Voy a darle una friega.

A continuación, Billy buscó un saco y frotó violentamente las patas del pony, luego el pecho y la cruz. *Gavilán* estaba extrañamente abatido, sometién dose pacientemente a la frotación. Por último, Billy trajo un viejo cobertor del cuarto de los arneses, y lo colocó sobre el lomo del pony anudándolo al cuello y pecho con una cuerda.

—Listo. Por la mañana estará perfectamente —dijo Billy.

* * *

Cuando Jody regresó a la casa, su madre le observó:

—Ya deberías estar en la cama.

Le alzó la barbilla con su mano dura y apartó el mechón de pelo desgredado que le caía sobre los ojos, agregando:

—No te inquietes por el pony. Está bien. Billy sabe tanto de esto como el mejor veterinario de la comarca.

Jody no hubiera supuesto que ella pudiera adivinar su inquietud. Apartándose suavemente de su lado se arrodilló frente al fuego hasta que casi lo sintió arder en el estómago. Con un movimiento brusco se dirigió a su cama, pero era difícil quedarse dormido. Despertó al cabo de lo que le pareció un tiempo interminable. La habitación estaba oscura, pero en la ventana asomaba esa tonalidad gris que precede al alba. Se levantó y se puso a buscar su sobretodo; en aquel momento, el reloj del cuarto contiguo dio las dos. Dejó a un lado su ropa y volvió a acostarse. Cuando despertó nuevamente era ya día claro. Por primera vez na había oído el repiqueteo del triángulo. Se levantó de un brinco, se vistió de prisa y salió de la habitación abotonándose la camisa. Su madre le miró un instante,

volviendo luego calladamente a sus quehaceres. Sus ojos tenían una expresión tolerante y bondadosa, y sus labios sonreían de vez en cuando, sin que cambiara la expresión de sus ojos.

Jody corrió hacia la cuadra. A medio camino oyó el ruido que tanto temía: la tos hueca y raspante de un caballo. Entonces echó a correr. En el establo encontró a Billy Buck con el pony. Billy estaba frotándole las piernas con sus manos fuertes y grandes. Alzando los ojos, sonrió alegremente.

—Tiene un pequeño resfriado —dijo—. En un par de días se le pasará.

Jody observó la cara del pony. Sus ojos estaban semicerrados y los párpados espesos y secos. En los bordes de los ojos se le pegaba una costra de mucosidad dura. Tenía las orejas caídas y la cabeza gacha. Jody tendió la mano, pero el pony no se acercó a ella. Volvió a toser y todo su cuerpo se contrajo con el esfuerzo. De las ventanas de la nariz le brotaba un fluido ceroso.

—Está muy enfermo, Billy —dijo mirando a Billy Buck.

—No es sino un pequeño resfriado, como te dije —insistió Billy—. Ve a tomar tu desayuno y márchate al colegio. Yo lo cuidaré.

—Pero quizá tenga usted otras cosas que hacer y lo abandone.

—No, no lo abandonaré. Mañana es sábado, y tú podrás quedarte con él todo el día.

Billy se había equivocado nuevamente y se encontraba mal por ello. Ahora tenía que curar al pony.

Jody se dirigió a la casa ocupando indiferentemente su sitio en la mesa. El tocino y los huevos estaban fríos y grasientos; pero él no se dio cuenta de ello. Comió la cantidad de costumbre, y ni siquiera pidió permiso para faltar al Golegio. Su madre le retiró la silla cuando sacó el plato.

—Billy cuidará del pony —le aseguró.

En el colegio estuvo todo el día abatido; no podía responder a ninguna pregunta ni leer ninguna palabra. Ni siquiera podía contarle a nadie que el pony estaba

enfermo, pues aquello podría hacerle sentirse más enfermo aún. Concluidas las clases, emprendió el camino hacia su casa lleno de temor. Caminaba lentamente dejando que los otros chicos le pasaran. Hubiera deseado seguir caminando y no llegar jamás al rancho.

Billy se hallaba en el establo, como lo había prometido, y el pony seguía peor. Ahora tenía los ojos casi cerrados y la respiración le salía silbando a través de alguna obstrucción en la nariz. Una telilla le cubría la parte de los ojos que era aún visible. Era dudoso que pudiera ver algo. De vez en cuando resoplaba para aclarar su nariz, pero esta acción parecía taparla más aún. Jody miró desalentado el pelaje: estaba áspero y parecía haber perdido todo su brillo. Billy permanecía silencioso junto al establo. Jody no quería preguntar, pero le era preciso saber.

—Bill... ¿se curará?

Billy puso sus dedos entre el bocado del freno, bajo la mandíbula del pony.

—Palpa aquí —le dijo, guiando los dedos de Jody hacia una hinchazón de la mandíbula—. Cuando esté más grande, se la abriré y entonces se va a mejorar.

—¿Qué es lo que tiene?

Billy hubiera preferido no responder, pero no había más remedio. No podía equivocarse tres veces.

—Estrangles —dijo lacónicamente—; pero no te inquietes por eso. Yo lo voy a curar. Los he visto ponerse bien estando mucho peor que *Gavilán*. Ahora voy a darle una vaporización. Tú puedes ayudarme.

—Sí— dijo Jody con aire desdichado.

Siguió a Billy al depósito de granos, observando cómo preparaba la bolsa para el vapor. Era una larga bolsa de lona con tiras para colocar sobre las orejas del caballo. Billy la llenó hasta la tercera parte con salvado, añadió dos cucharadas de lúpulo seco y encima de esta substancia seca derramó un poco de ácido fénico y un poco de trementina.

—Mientras yo mezclo esto, corre a casa a buscar una caldera de agua caliente —dijo.

Cuando Jody regresó con la caldera humeante, Billy pasó las tiras sobre la cabeza de *Gavilán*, acomodando la bolsa alrededor de su nariz. A continuación, por un agujero lateral de la bolsa, derramó el agua hirviente en la mezcla. El pony retrocedió ligeramente al alzarse una nube de espeso vapor, pero pronto las suavizantes emanaciones se introdujeron por su nariz hasta los pulmones, aclarando las vías respiratorias. El animal respiraba fuertemente. Sus patas temblaban en un escalofrío y sus ojos se cerraban en medio de la nube que los hería. Billy echó más agua, haciendo subir el vapor durante quince minutos. Finalmente, dejó la caldera en el suelo y sacó la bolsa de la nariz de *Gavilán*. El pony parecía sentirse mejor. Respiraba libremente y sus ojos estaban más abiertos.

—¿Ves qué bien le ha sentado esto? —dijo Billy—. Ahora vamos a envolverlo nuevamente en una frazada. Quizá amanezca bien por la mañana.

—Me quedaré con él esta noche —sugirió Jody.

—No. No es necesario. Yo voy a traer mis mantas aquí, sobre el heno. Tú podrás quedarte mañana y hacerle una vaporización si es necesario.

La noche caía cuando ambos regresaron a la casa para cenar. Jody ni siquiera se daba cuenta de que alguien había dado de comer a los pollos y había llenado la leñera. Pasó junto a la casa y se dirigió hacia el matorral oscuro, bebiendo un poco de agua de la tinaja. El agua estaba tan helada que le hizo estremecerse. El cielo se veía aún claro sobre las colinas. Jody vio a un halcón volando tan alto, que un rayo de sol brilló en su pecho como una chispa. Dos cuervos le persiguieron bajo el cielo y sus alas negras centellearon al atacar a su enemigo. Hacia el Oeste estaban formándose nuevamente nubes anunciadoras de lluvia.

El padre de Jody no dijo una palabra durante la cena; pero, después que Billy Buck hubo cogido sus frazadas yéndose a dormir al establo, encendió fuego en la chimenea y se puso a contar historias. Habló del hombre salvaje que había huido desnudo por la comarca y tenía

cola y orejas igual que un caballo; y de los conejos salvajes de Moro Cojo, que saltaban entre los árboles buscando pájaros, e hizo revivir a los famosos hermanos Maxwell, que encontraron una veta de oro y ocultaron las huellas tan cuidadosamente que nunca más pudieron volver a encontrarla.

Jody permanecía con la barbilla apoyada en las manos; su boca se movía nerviosamente, y su padre pronto se dio cuenta de que no escuchaba con mucha atención.

—¿Verdad que es una historia divertida? —dijo.

Jody rió cortésmente y dijo:

—Sí, señor.

Su padre se sintió entonces ofendido e irritado, y no contó más historias. Al cabo de un instante, Jody cogió una linterna y se dirigió al granero. Billy Buck estaba dormido sobre el heno; en cuanto al pony, excepto por una pequeña carraspera en la respiración, parecía estar mejor. Jody se quedó un instante junto a él, pasándole los dedos sobre el tosco pelaje; después, cogiendo la linterna, regresó a la casa. Cuando estaba acostado, su madre entró en el dormitorio.

—¿Tienes suficientes mantas? Está haciendo frío.

—Sí, mamá.

—Bueno; descansa bien esta noche. —Vaciló aún antes de marcharse—. El pony sanará —concluyó.

* * *

Jody estaba fatigado. Se durmió rápidamente y no despertó hasta el alba. El triángulo resonó entonces, y Billy Buck llegó desde el establo antes de que Jody alcanzara a salir de la casa.

—¿Cómo está? — preguntó.

Billy devoraba siempre con apetito su desayuno.

—Mucho mejor. Hoy por la mañana voy a abrir esa hinchazón. Entonces mejorará del todo.

Después del desayuno, Billy sacó su mejor cuchillo y afiló la hoja reluciente largo rato contra una piedra de afilar. Probó luego la punta de la hoja, una y otra

vez, en la yema callosa de su pulgar, y por último en su labio superior.

Camino del granero, Jody observó que estaba creciendo el césped nuevo y que el rastrojo se fusionaba día a día en la nueva siembra. Era una fría mañana de sol.

Tan pronto como vio al pony, Jody supo que estaba peor. Sus ojos estaban cerrados y casi totalmente obstruidos por una mucosidad seca. Tenía la cabeza tan agachada que el hocico casi tocaba la paja de su lecho. Respiraba con un quejido profundo y paciente.

Billy levantó la débil cabeza e hizo un rápido corte con el cuchillo. Jody vio salir el pus amarillo. Él sujetaba en alto la cabeza del animal, mientras Billy limpiaba la herida con un ungüento de ácido fénico.

—Ahora se sentirá mejor—le aseguró Billy—. Ese veneno amarillo era lo que le tenía enfermo.

Jody miró incrédulamente a Billy Buck.

—Está muy enfermo—dijo.

Billy pensó largo rato en qué responder. Estuvo a punto de lanzar una negación alentadora; pero se contuvo a tiempo.

—Sí, está bastante enfermo—dijo finalmente—. Pero yo he visto a otros peores sanar. Si no le da neumonía, lo salvaremos.

Quédate con él, y si empeora, ve a buscarme.

Durante largo rato, después que Billy se hubo marchado, Jody permaneció junto al pony, acariciándole detrás de las orejas. El pony no esquivaba la cabeza como lo hacía cuando estaba bien; el quejido de su respiración se hacía cada vez más profundo.

El perro *Mutt* se asomó al granero agitando provocativamente su larga cola, y Jody se sintió tan irritado al verle tan sano, que buscó un terrón de tierra duro y negro y se lo arrojó. *Doubletree Mutt* huyó cojeando a cuidarse una pata herida.

Mediada la mañana, llegó Billy Buck para preparar otra bolsa de vapor. Jody observó al pony para ver si mejoraba esta vez como la anterior. Sus respiración se suavizó un poco, pero no levantó la cabeza.

Aquel sábado se arrastró lentamente. Entrada la tarde, Jody fue a la casa en busca de sus ropas de cama y se arregló un lecho sobre el heno. No pidió permiso para hacerlo, pues comprendió, por la manera como su madre le miraba, que se le permitía hacer cualquier cosa. Aquella noche colgó una linterna encendida de un gancho encima del pesebre. Billy le había dicho que frotara de vez en cuando las patas del pony.

A las nueve se alzó el viento, bramando sobre el granero. A pesar de su inquietud, Jody se sintió soñoliento. Envolviéndose en sus frazadas, se durmió; pero los quejidos del pony resonaban en sus sueños, y en sueños también sintió un estrépito que se prolongó hasta despertarle. Una racha de viento había penetrado en el establo. Levantándose de un salto, miró hacia el pesebre. La puerta de la cuadra estaba abierta de par en par y el pony había desaparecido.

Llevándose la linterna, Jody corrió en medio del ventarrón, y distinguió a *Gavilán*, que se bamboleaba débilmente en la obscuridad, con la cabeza gacha, moviendo las piernas mecánicamente. Cuando Jody le cogió por el mechón de la frente, se dejó conducir hasta su pesebre. Sus quejidos se hicieron más sonoros y un silbido agudo le salía por la nariz. Jody ya no pudo dormir más. El silbido de la respiración del pony tornábase cada vez más fuerte.

Jody se alegró cuando Billy Buck llegó al amanecer. Billy contempló un rato al pony como si jamás le hubiera visto antes.

Le palpó las orejas y los flancos.

—Jody —dijo entonces—, vete un rato a la casa, porque voy a tener que hacer algo que es preferible que no veas.

Jody le cogió frenéticamente del antebrazo.

—¿No va a matarlo, verdad?

Billy le palmoteó la mano.

—No. Voy a abrirle un pequeño agujero en la tráquea para que pueda respirar. Tiene la nariz llena. Cuando se mejore, vamos a ponerle un pequeño botón de bronce en el agujero, para que respire.

Ni aun deseándolo, Jody hubiera podido marcharse de allí. Era horrible ver la herida roja, pero infinitamente más terrible saber que se la estaban haciendo y no verlo.

—Me quedaré aquí —dijo amargamente—. ¿No hay más remedio que hacerlo?

—No hay más remedio. Puesto que te quedas, puedes sujetarle la cabeza. Siempre que no te impresione demasiado.

Volvió a resplandecer el cuchillo en la mano de Billy y fue tan cuidadosamente afilado como la primera vez. Jody sujetó en alto la cabeza del pony y le mantuvo el cuello tirante mientras Billy tanteaba con sus dedos el sitio exacto. Al ver desaparecer en la garganta la hoja afilada, Jody sollozó. El pony saltó débilmente hacia atrás y después se quedó quieto temblando violentamente. La sangre manaba espesamente cubriendo el cuchillo, la mano y la manga de la camisa de Billy. Con mano segura, este último abrió un agujero redondo en la carne y por allí salió la respiración, arrojando una pequeña rociada de sangre. Con aquella bocanada de oxígeno, el pony cogió una fuerza repentina. Agitó las patas traseras y trató de encabritarse, pero Jody le sujetó la cabeza, mientras Billy limpiaba la nueva herida con ácido fénico. Había sido un buen trabajo. La sangre cesó de manar y el aire salía por el agujero con un pequeño ruido de gorgoteo.

La lluvia, arrastrada por el viento nocturno, comenzó a caer sobre el tejado del establo. Después sonó el triángulo para el desayuno.

—Ve a comer algo mientras yo espero —dijo Billy—, Hay que procurar que este agujero no se tape.

Jody salió lentamente. Sentíase demasiado descorazonado para contarle a Billy que la puerta se había abierto la noche anterior dejando escapar al pony. La mañana estaba húmeda. Jody chapoteaba con los pies, sintiendo un placer perverso en enlodarse en todos los charcos. Su madre le sirvió su alimento y le dio ropas secas sin preguntarle nada. Parecía saber que él no contestaría a ninguna pregunta. Cuando estuvo

listo para regresar al establo, le trajo una vasija llena de humeante alimento.

—Dale esto —le dijo.

Pero Jody no cogió la vasija.

—No quiere comer nada —dijo y salió corriendo de la casa.

En la cuadra, Billy le enseñó a fijar una bola de algodón a un palillo, con el cual limpiar el agujero de la respiración cada vez que se obstruyera con mucosidad.

El padre de Jody entró en aquel momento, permaneciendo junto a ellos frente al pesebre. Después se volvió al muchacho.

—¿No sería mejor que vinieras conmigo? Iré a caballo hasta la colina.

Jody sacudió la cabeza.

—Es mejor que salgas de aquí —insistió su padre.

Billy se volvió a él, irritado.

—Déjalo en paz. Después de todo, es su pony, ¿no es así?

Carl Tiflin se alejó sin decir nada más, sintiéndose herido en sus sentimientos.

Toda la mañana, Jody mantuvo la herida abierta y por ella el aire entraba y salía libremente. A mediodía, el pony se tumbó fatigosamente de lado.

Billy regresó a la cuadra.

—Si vas a quedarte con él esta noche, mejor será que vayas a la casa a dormir una pequeña siesta —dijo.

Jody salió con aire ausente. El cielo se había aclarado un poco y tenía un débil color azul. Los pájaros estaban atareados por doquier con los gusanos que habían salido a la superficie húmeda del suelo.

Jody se dirigió hacia el borde del matorral sentándose junto a la musgosa tinaja. Miró hacia la casa y la vieja casa de los peones y el sombrío ciprés. El lugar era familiar, pero parecía extrañamente cambiado. Ya no era nada en sí mismo, sino un marco para las cosas que estaban ocurriendo. Un viento helado soplaba ahora desde el Este, indicando que las lluvias habían cesado por un tiempo. A los pies de Jody asomaban las malezas

nuevas, y en el barro, alrededor de la fuente de agua, había miles de huellas de codornices.

El perro *Mutt* llegó por la huerta, y Jody, recordando cómo le había arrojado el terrón, le pasó el brazo por el cuello besándole el negro hocico. *Doubletree Mutt* permaneció quieto, agitando únicamente su larga cola con gravedad, como si supiera que estaba ocurriendo algo solemne. Jody le sacó una garrapata hinchada que tenía incrustada en el cuello y la mató con las uñas de sus pulgares. Era una cosa sucia y se apresuró a lavarse las manos en la fuente de agua fría.

La casa estaba quieta. No se escuchaba más que el incesante susurro del viento. Jody sabía que su madre no le regañaría si no iba a almorzar. *Mutt* se escurrió en su pequeña caseta, gimiendo suavemente para sí mismo durante largo tiempo.

* * *

Billy Buck se levantó del pesebre y entregó a Jody el palillo con el algodón. El pony continuaba echado y la herida de su cuello se agitaba como un fuelle. Al ver el pelaje seco y muerto del animal, Jody comprendió que ya no había esperanza para él. Había visto ese pelaje muerto antes, en perros y vacas, y era un signo inequívoco. Se dejó caer pesadamente sobre una caja bajando la barrera del pesebre. Durante largo tiempo tuvo los ojos fijos en la herida que se agitaba; después dormitó y la tarde pasó rápidamente. Poco antes de oscurecer su madre le trajo una fuente de estofado. Jody comió muy poco, y cuando oscureció colocó la lámpara sobre el suelo junto a la cabeza del pony, para poder observar la herida y mantenerla abierta. Y volvió a dormir hasta que el frío de la noche le despertó. El viento soplaba fieramente, trayendo consigo el frío del Norte. Jody trajo una frazada de su lecho, la colocó sobre el heno y se envolvió en ella. La respiración de *Gavilán* era ahora tranquila; el agujero de su cuello se movía suavemente. Los buhos entraban chillando por el henal, en busca de ratones. Jody se

apoyó sobre las manos y durmió. En su sueño se daba cuenta que el viento había aumentado, pues lo sentía golpear en el establo.

Cuando despertó era de día, y la puerta estaba abierta de par en par. El pony se había ido. Poniéndose de pie de un salto salió corriendo a la luz matinal.

Las huellas del pony eran claramente visibles sobre el césped nuevo salpicado de rocío; eran huellas fatigadas, con pequeñas rayas donde se habían arrastrado los cascos, y conducían hacia la pradera. Echando a correr, Jody las siguió. El sol brillaba sobre el cuarzo blanco que asomaba en el suelo aquí y allá. Mientras seguía el rastro nítido, una sombra cayó frente a él. Alzando los ojos, vio un círculo de cuervos negros que giraban descendiendo cada vez más. Los solemnes pajarracos desaparecieron sobre el cerro. Jody corrió entonces más de prisa, impulsado por el pánico y la rabia. Las huellas penetraban en la pradera, siguiendo por un camino tortuoso entre las altas artemisas.

En la cima del cerro, Jody sintió que le faltaba el aliento. Se detuvo respirando fuertemente. La sangre le golpeaba en los oídos. Entonces vio lo que estaba buscando: abajo, en uno de los pequeños claros de la pradera, yacía el pony colorado. Desde aquella distancia, Jody percibía las piernas que se agitaban lenta y convulsivamente. Y en un círculo alrededor de él, los cuervos esperaban el momento de la muerte, que tan bien conocían.

Jody se precipitó cerro abajo. El terreno húmedo silenciaba sus pasos y la artemisa le ocultaba. Cuando llegó, todo había concluido. El primer cuervo se había instalado en la cabeza del pony y alzaba ya el pico, del que chorreaba el oscuro fluido del ojo. Jody se arrojó sobre ellos como un gato. La negra hermandad remontóse en una nube, pero el que estaba sobre la cabeza del pony no alcanzó a huir. Cuando se disponía a emprender el vuelo, Jody le cogió de un ala, tirándola con fuerza. Era casi tan grande como él. El ala libre le pegó en el rostro con la fuerza de un garrote; pero

el muchacho no la soltó. Las garras del animal se aferraron a su pierna y los codillos de sus alas le golpearon la cabeza a ambos lados. Jody buscó ciegamente con su mano libre y sus dedos encontraron el cuello del animal, que aún luchaba. Los ojos rojos le miraron al rostro serenos, sin temor, fijos; la mano desnuda giró de un lado a otro. Entonces el pico se abrió, vomitando una bocanada de fluido pútrido. Jody se dejó caer sobre el pájaro, afirmándole el cuello contra el suelo con una mano, mientras con la otra buscó un trozo de afilado cuarzo blanco. El primer golpe quebró el pico, y un chorro de sangre negra saltó de las comisuras retorcidas y emplumadas. Volvió a golpear, pero esta vez erró. Los ojos continuaban mirándole sin temor, con una mirada impersonal y desprendida. Golpeó una y otra vez, hasta que el cuervo quedó muerto, hasta que su cabeza no fue sino una pulpa colorada. Todavía continuaba golpeando al pájaro muerto, cuando Billy lo levantó del suelo, apartándolo del animal y sosteniéndolo firmemente para calmar sus estremecimientos.

Carl Tiflin limpió la sangre del rostro del muchacho con un pañuelo de badana roja. Jody estaba ahora quieto y se sentía débil. Su padre apartó el cuervo con el pie.

—Jody —le explicó—, el cuervo no mató al pony. ¿No lo sabías acaso?

—Sí, lo sé —replicó Jody cansadamente.

Billy Buck, que había levantado a Jody en sus brazos para conducirlo a casa, se volvió hacia Carl Tiflin con impaciencia.

—Claro que lo sabe —dijo furiosamente—. ¡Por amor de Dios, hombre! ¿No puede comprender lo que siente el muchacho?

LAS GRANDES MONTAÑAS

En el calor zumbante de una tarde de verano, el pequeño Jody recorría displicentemente el rancho en busca de algo que hacer. Había estado en el establo, y en seguida se había puesto a tirar piedras contra los nidos de golondrinas, bajo los aleros, hasta que todas las pequeñas casitas de barro se rompieron dejando caer sus forros de paja y de plumas sucias. Después, en la casa del rancho, preparó una trampa para ratones, con queso podrido, y la colocó en un sitio donde *Doubletree Mutt*, el buen perro pastor, pudiera atraparse el hocico. No era un impulso de crueldad lo que movía a Jody a actuar así, sino el tedio de la larga y calurosa tarde. *Doubletree Mutt* metió su hocico imprudentemente en la trampa y huyó cojeando y ladrando de dolor, con las ventanillas ensangrentadas. Cada vez que se hería en alguna parte de su cuerpo, fuera cual fuese, *Mutt* cojeaba. Era su manera de ser. Una vez, siendo joven, se vio cogido en una trampa de coyotes, y desde entonces siempre había cojeado, hasta cuando le reñían.

Al oír gañir al perro, la madre de Jody llamó al niño desde la casa:

—¡Jody! ¡Deja de torturar a ese perro y haz algo útil!

Sintiéndose culpable, Jody le arrojó una piedra a *Mutt*. En seguida cogió su honda del pórtico y se dirigió hacia la pradera, para tratar de matar algún pájaro. Era una buena honda con gomas compradas en un almacén; pero, aun cuando Jody había apuntado a menudo a los pájaros, jamás había dado en el blanco a ninguno. Cruzó la huerta, golpeando el polvo con los pies. En el camino encontró una piedra perfecta para su honda: una piedra redonda, ligeramente plana y lo suficientemente pesada para cruzar el aire. La colocó en la bolsa de goma de su arma y se encaminó a la pradera. Tenía el ceño contraído y movía los labios incesantemente; por vez primera en aquella tarde estaba atento. A la sombra de la artemisa, los pajarillos escarbaban afanosamente entre las hojas, luego alzaban el vuelo hacia algún

sitio próximo y allí volvían a escarbar. Jody tiró las gomas de la honda y se adelantó cautelosamente. Un zorzal se detuvo, le miró y se agachó listo para emprender el vuelo. Jody se acercó bordeando, avanzando lentamente un pie, luego el otro. Cuando estuvo a veinte pasos de distancia, levantó cuidadosamente la honda y apuntó. La piedra silbó; el zorzal voló rectamente hacia ella y cayó con la cabecita destrozada. Jody corrió a recogerlo.

—Bueno, te pillé —dijo.

El pájaro parecía mucho más pequeño muerto que lo que había parecido vivo. Jody sintió un ligero dolor en el estómago; entonces, sacando su cortaplumas le cortó la cabeza. A continuación le sacó las entrañas, le cortó las alas, y por último lo arrojó todo a un matorral. No le importaba el pájaro ni la vida de éste, pero sabía lo que habrían dicho las gentes mayores si le hubieran visto matarlo y sentía vergüenza ante su probable opinión. Decidió olvidar el asunto lo más pronto posible y no mencionarlo nunca a nadie.

Las colinas estaban secas por aquel entonces y el césped se veía dorado; pero en el sitio donde el caño llenaba la tina redonda hasta que el agua se desparramaba, había un trozo de fino césped verde, profundo, suave y húmedo. Jody bebió de la tina musgosa y se lavó las manos para quitarse la sangre del pájaro. Después se tendió sobre el césped, contemplando las nubes espesas del verano. Cerrando un ojo y anulando así la perspectiva, traía las nubes hasta su alcance, de tal modo que podía extender sus dedos y tocarlas, ayudando a la brisa ligera a empujarlas por el cielo; le parecía que rodaban más aprisa gracias a su ayuda. Así disipó una nube blanca y espesa hasta hacerla desaparecer de su vista. Jody se preguntó qué vería aquella nube ahora. Se irguió para observar mejor las grandes montañas hacia donde las nubes iban a amontonarse y donde se tornaban oscuras y amenazadoras para concluir en un borde dentado muy alto hacia el Oeste. Extrañas y misteriosas montañas; pensó en cuán poco sabía acerca de ellas.

—¿Qué hay al otro lado? —le había preguntado una vez a su padre.

—Más montañas, supongo. ¿Por qué?

—¿Y al otro lado de ellas?

—Más montañas. ¿Por qué?

—¿Y siempre más y más montañas?

—Bueno, no. Finalmente llega uno al océano.

—Pero, ¿qué hay en las montañas?

—Solamente peñascos, y matorrales, y rocas, y sequedad.

—¿Estuvo usted allí alguna vez?

—No.

—¿Ha estado alguien allí alguna vez?

—Algunas personas, supongo. Es peligroso a causa de los peñascos y demás cosas. He oído decir que hay más regiones inexploradas en las montañas del condado de Monterrey que en ningún otro lugar de los Estados Unidos.

Su padre parecía sentirse orgulloso de que así fuese.

—¿Y después viene el océano?

—Después viene el océano.

—Pero... —insistió el muchacho—, pero, ¿entre ambas cosas? ¿Nadie lo sabe?

—Oh, sí, algunas personas. Pero no hay manera de llegar hasta allí. Y tampoco mucha agua. Sólo rocas, y peñascos, y bosques. ¿Por qué?

—Estaría bien ir allí.

—¿Para qué? No hay nada.

Jody sabía que tenía que haber algo, algo muy maravilloso porque no era conocido, algo secreto y misterioso. En su interior sentía que así era. Otro día preguntó a su madre:

—¿Sabe usted qué hay en las grandes montañas?

Ella alzó los ojos hasta él, luego los volvió hacia las feroces cordilleras.

—Me imagino que sólo el oso —dijo.

—¿Qué oso?

—Aquel que fue a la montaña para ver lo que en ella había.

Jody interrogó a Billy Buck sobre la posibilidad de que existieran antiguas ciudades perdidas en las montañas, pero Billy estaba de acuerdo con el padre de Jody.

—No es probable —dijo—, No habría nada que comer, a menos que vivan allí gentes que se alimenten de rocas.

Ésa fue toda la información que Jody pudo obtener, y aquel misterio convertía a las montañas en algo terrible y atrayente a la vez. A menudo imaginaba millas de sierras hasta que por último venía el mar. Cuando los picachos estaban rosados por la luz del sol, le invitaban a ir a ellos, y cuando el sol había desaparecido tras sus bordes al atardecer y las montañas eran como una desolación púrpura, le infundían pavor; parecían tan impersonales y distantes que su misma imperturbabilidad era como una amenaza.

Ahora volvió la cabeza hacia las montañas del Este, las Gavilanes. Éstas eran montañas alegres en cuyas colinas había ranchos y en cuyas crestas crecían pinos. Vivían gentes en sus laderas, y allí habíanse librado batallas contra los mejicanos.

Volviendo un instante la cabeza hacia las Sierras Grandes, Jody se estremeció ligeramente ante el contraste. La cuenca formada al pie de la colina en la cual se encontraba el rancho, ofrecía un refugio soleado y seguro. En la casa resplandecía la luz blanca y el granero tenía un aspecto pardo y tibio. Las vacas coloradas en la colina más alejada pastaban lentamente hacia el Norte. Incluso el ciprés oscuro junto a la casa de los peones tenía su aspecto habitual. Los pollos escarbaban entre los escombros del corral con pequeños y rápidos pasos de vals.

De pronto, Jody divisó una figura que se movía. Era un hombre que caminaba lentamente por la cima de la colina, en la carretera de Salinas, y parecía dirigirse a la casa. Jody se puso de pie y echó a andar en la misma dirección, pues si alguien llegaba a la casa, él quería estar allí para verle. Cuando llegó a la puerta, el hombre estaba sólo a mitad del camino. Era un hombre delgado, de hombros muy rectos. Jody se dio cuenta de

que era viejo por su manera de golpear el suelo con los tacones y de andar con brincos tiesos. Al aproximarse más, Jody vio que vestía pantalones y chaqueta de color. Tenía unos zapatos de gañán y un viejo sombrero Stetson. Llevaba al hombro un saco de algodón sucio de tierra y lleno. Ya estaba lo suficientemente cerca para poderle ver el rostro. Era un rostro moreno como carne de vaca seca. Tenía unos bigotes blancos que se veían de un tono casi azulado sobre la piel tostada, y cabellos también blancos. La piel de la cara parecía haber retrocedido sobre su cráneo hasta cubrir el hueso, no la carne, y hacía aparecer la nariz y la barbilla puntiagudas y frágiles. Sus ojos eran grandes, profundos y oscuros. El iris y la pupila eran una sola cosa negra, pero los globos de sus ojos eran pardos. No tenía una sola arruga en el rostro. El viejo vestía una chaqueta de estameña azul cerrada hasta el cuello con botones de bronce, como acostumbran los hombres que no usan camisa. Por las mangas asomaban unas muñecas huesudas y unas manos nudosas y duras como ramas de durazno. Las uñas eran lisas, romas y lustrosas.

El viejo se acercó a la puerta bajando el saco del hombro al enfrentarse con Jody. Sus labios se agitaron ligeramente y de ellos salió una voz suave e impersonal.

—¿Usted vive aquí?

Jody se sintió apurado. Se volvió para mirar hacia la casa y al granero, donde estaban su padre y Billy Buck.

—Sí —replicó, al ver que no venía ayuda alguna de aquella dirección.

—He vuelto —dijo el viejo—. Soy Gitano y he vuelto.

Jody no podía asumir aquella responsabilidad. Se volvió bruscamente y corrió hacia la casa en busca de ayuda, haciendo golpear la puerta tras sí. Su madre estaba en la cocina hurgando con una horquilla los agujeros tapados de un escurridor, y mordiéndose el labio inferior en la concentración de su trabajo.

—Es un viejo —exclamó Jody excitado—. Es un paisano y dice que ha vuelto.

Su madre dejó a un lado el escurridor clavando la horquilla detrás de la tabla del vertedero.

—¿Qué pasa? —preguntó pacientemente.

—Hay un viejo afuera. Venga a verle.

—Bueno, ¿qué desea? —preguntó desatando los lazos de su delantal y alisándose el cabello con los dedos.

—No sé. Vino caminando.

Su madre se ordenó el vestido y salió seguida de Jody. Gitano no se había movido.

—¿Qué desea? —preguntó mistress Tiflin.

Gitano se quitó su viejo sombrero negro, sujetándolo con ambas manos delante de sí.

—Soy Gitano —repitió —y he vuelto.

—¿Vuelto? ¿Vuelto adónde?

El cuerpo recto de Gitano se inclinó un poco hacia delante. Su mano derecha descubrió el círculo de las colinas, los campos y las montañas.

—Al rancho. Yo nací aquí, y mi padre también.

—¿Aquí?— preguntó ella—. Éste no es un lugar muy antiguo.

—No, allí —dijo él, señalando la sierra occidental—. Al otro lado, en una casa que ha desaparecido. Sí, señora. Cuando la hacienda fue parcelada, no pusieron más cal en el adobe y las lluvias se lo llevaron.

La madre de Jody permaneció silenciosa un instante, mientras extraños pensamientos nostálgicos cruzaban su mente; pero los borró rápidamente.

—¿Y qué desea ahora aquí, Gitano?

—Quedarme aquí hasta que muera —respondió él tranquilamente.

—Pero no necesitamos ningún hombre extraño.

—Ya no puedo trabajar mucho, señora. Puedo ordeñar una vaca, dar de comer a las aves, cortar un poco de madera y nada más. Me quedaré aquí. Éstas son mis cosas —concluyó, mos trando el hatillo colocado en el suelo junto a él.

—Corre al granero a llamar a tu padre.

Jody salió precipitadamente y volvió con Carl Tiflin y Billy Buck. El viejo estaba en el mismo sitio donde le

dejara, pero ahora descansaba. Todo su cuerpo se había combado en un reposo sin tiempo.

—¿Qué sucede? —preguntó Carl Tiflin—. ¿Por qué está Jody tan excitado?

Mistress Tiflin señaló al viejo.

—Quiere quedarse aquí. Quiere hacer algún pequeño trabajo y quedarse aquí.

—Pues no podemos tenerle. No necesitamos más hombres. Es demasiado viejo. Además, Billy hace todo lo que hay que hacer.

Habían estado hablando de él como si no existiera; de pronto, ambos vacilaron y miraron a Gitano, sintiéndose confusos. Gitano aclaró su garganta.

—Soy demasiado viejo para trabajar. He vuelto al lugar donde nací.

—Usted no nació aquí —respondió Carl ásperamente.

—No. Nací en la casa de adobe, allá en la colina. Antes que ustedes llegaran, todo esto era una sola hacienda.

—¿En la casa de barro que se ha deshecho?

—Sí. Y mi padre también. Ahora me quedaré aquí, en el rancho.

—Le repito que no puede quedarse —dijo Carl irritado—. No necesito a ningún viejo. Éste no es un rancho grande. No puedo darle de comer ni pagarle un médico. Debe tener usted parientes o amigos. Vaya con ellos. Acudir a extraños es lo mismo que mendigar.

—Yo nací aquí —repitió Gitano paciente e inflexible.

A Carl Tiflin no le gustaba ser cruel, pero sintió que no le quedaba otro remedio.

—Puede comer aquí esta noche y dormir en el cuartito de la vieja casa de peones. Le daremos su desayuno por la mañana y luego tendrá que seguir su camino. Vaya con sus amigos. No venga a morir en casa de extraños.

Gitano se puso su sombrero negro y se inclinó a recoger su saco.

—Éstas son mis cosas —dijo.

Carl se volvió.

—Ven, Billy, vamos a terminar nuestros quehaceres, Jody, muéstrale el cuartito del galpón.

Billy y él tomaron la dirección del granero. Mistress Tiflin entró en la casa, volviéndose en el umbral para decir:

—Le enviaré algunas mantas.

Gitano miró interrogativamente a Jody.

—Yo le mostraré dónde és —dijo el muchacho.

En el cuarto había un camastro con un colchón casi plano, un cajón de manzanas sobre el que había una linterna, y una silla mecedora sin respaldo. Gitano depositó cuidadosamente su saco sobre el suelo y se sentó en la cama. Jody permaneció tímidamente en el cuarto, vacilando. Finalmente dijo:

—¿Vino usted por las montañas grandes?

—No, trabajé en el valle de Salinas.

Pero los pensamientos de la tarde no abandonaron a Jody.

—¿Estuvo usted alguna vez en las montañas grandes?

Los ojos oscuros del viejo parecieron hundirse y su luz iluminar interiormente los años que vivían en su cabeza.

—Una vez., cuando era pequeño. Fui con mi padre.

—¿Qué había allí? —exclamó Jody—. ¿Vio gentes o alguna casa?

—No.

—Entonces, ¿qué había?

Los ojos de Gitano permanecieron fijos en su interior. Una pequeña arruga se formó entre sus cejas.

—¿Qué vio allí? —insistió Jody.

—No sé —dijo Gitano—. No recuerdo.

—¿Era muy terrible y seco?

—No recuerdo.

En su excitación, Jody había perdido su timidez.

—¿No se acuerda usted de nada de allí?

La boca de Gitano se abrió para dar una respuesta, mientras su cerebro buscaba las palabras.

—Creo que era muy tranquilo... creo que era agradable.

Los ojos de Gitano parecían haber encontrado algo en los años, porque se suavizaron como si una sonrisa hubiera asomado a ellos.

—¿Y nunca más volvió usted a las montañas? —insistió Jody.

—No.

—¿Nunca quiso volver?

El rostro de Gitano se había tornado impaciente.

—No —dijo en un tono que manifestaba claramente que no quería hablar más de aquello.

Sin embargo, el muchacho siguió allí, atraído por una curiosa fascinación. No quería alejarse de Gitano; pero su timidez volvió a apoderarse de él.

—¿Quiere usted venir al establo a ver los caballos? —preguntó.

Gitano se puso de pie, se colocó su sombrero y se dispuso a seguirle.

Era ya casi de noche. Ambos se detuvieron junto al abrevadero, observando a los caballos que bajaban de las colinas a beber su ración de la tarde. Gitano apoyó sus grandes manos morenas y nudosas en la baranda superior del cerco. Cinco caballos se acercaron a beber, y después se quedaron en las cercanías mordisqueando el suelo o restregándose los costados contra la madera pulida del cerco. Largo rato después que hubieron terminado de beber, apareció un caballo viejo que bajaba penosamente la colina. Tenía grandes dientes amarillos, unos cascos planos y afilados como espadas y costillas que se marcaban nítidamente bajo la piel. Llegó penosamente hasta el abrevadero y bebió con un fuerte ruido succionador.

—Es el viejo *Pascua Florida*, el primer caballo que tuvo mi padre. Tiene treinta años —explicó Jody alzando los ojos hasta los de Gitano en espera de una respuesta.

—Ya no sirve para nada—dijo Gitano.

El padre de Jody y Billy Buck salieron en aquel momento del establo.

—Demasiado viejo para trabajar —repitió Gitano—. No hace sino comer y pronto ha de morir.

Carl Tiflin alcanzó a escuchar las últimas palabras. Aborrecía su brutalidad hacia el viejo Gitano y por esto mismo volvió a mostrarse brutal.

—Es una vergüenza no matar a *Pascua Florida* —dijo—. Le evitaríamos una cantidad de sufrimientos y reumatismo.

Miró secretamente a Gitano para ver si éste había captado el paralelo; pero las grandes manos huesudas no se movieron, ni desvió el viejo sus ojos del caballo.

—Los seres viejos deberían ser suprimidos —prosiguió el padre de Jody—. Un tiro, un gran ruido, un gran dolor en la cabeza tal vez, y se acabó. En todo caso, es preferible al envaramiento y al dolor de muelas.

—Pero también existe el derecho de descansar después de haber trabajado toda la vida —interrumpió Billy Buck.

Carl había estado mirando fijamente al caballo viejo.

—No puedes imaginarte cómo era *Pascua Florida* —dijo suavemente—. Tenía un cuello erguido, un pecho profundo, una magnífica envergadura. Podía saltar una puerta de cinco barras.

En cierta ocasión, gané una carrera llana con él, cuando yo tenía quince años. Pude haber sacado doscientos dólares por él en cualquier época. Al verle ahora, nadie se imaginaría qué hermoso animal era. —Carl Tiflin se contuvo porque no le gustaba mostrarse blando—. Pero ahora deberíamos pegarle un tiro —concluyó.

—Tiene derecho a descansar —insistió Billy Buck.

El padre de Jody tuvo un pensamiento humorista. Volviéndose a Gitano, dijo:

—Si en una colina crecieran jamón y huevos, yo le pondría a pastar a usted también. Pero no puedo dejarle pastar en mi cocina.

Más tarde, mientras se dirigían hacia la casa, rió de su broma con Billy Buck.

—¡Qué bueno sería para todos nosotros que en las colinas creciera jamón con huevos!

Jody sabía que su padre había estado buscando un punto preciso para herir a Gitano. A él le había ocurrido aquello a menudo. Su padre conocía cada punto sensible del muchacho para dejar caer allí una palabra emponzoñada.

—Lo dice solamente por hablar —dijo Jody—. No tiene intención de matar a *Pascua Florida*. Él quiere a su caballo. Fue el primero que tuvo.

El sol se hundió detrás de las altas montañas mientras permanecían allí. El rancho descansó. Gitano parecía sentirse más a sus anchas con el crepúsculo. Hizo con los labios un curioso ruido y extendió una de sus manos sobre el cerco. El viejo *Pascua Florida* se acercó tiesamente hacia él, y Gitano le acarició el cuello escuálido bajo la melena.

—¿Le gusta? —preguntó Jody suavemente.

—Sí... pero no sirve para nada.

El triángulo sonó en el rancho.

—Es hora de cenar —exclamó Jody—. Venga conmigo.

Los pavos volaban pesadamente hacia las ramas bajas del ciprés junto a la casa de los peones. Un gato del rancho cruzó el camino llevando una rata tan grande que la cola le arrastraba por el suelo. La codorniz, en las laderas, estaba todavía escuchando la cristalina llamada del agua.

Jody y Gitano llegaron hasta los peldaños traseros y mistress Tiflin los miró a través de la mampara.

—Apresúrate, Jody. Venga a comer, Gitano.

Carl y Billy Buck se habían sentado ya frente a la larga mesa cubierta de hule y habían comenzado a comer. Jody se deslizó a su silla sin moverla, pero Gitano permaneció de pie, sujetando el sombrero entre las manos, hasta que Carl le dijo:

—Siéntese, siéntese. Mejor será que llene su panza antes de marcharse.

Carl temía ablandarse y permitir que el viejo se quedara, y por ello continuaba recordándose a sí mismo que esto no podía ser.

Gitano dejó su sombrero en el suelo y se sentó tímidamente. No podía alcanzar la comida y Carl tuvo que pasársela.

—Tome, sírvase.

Gitano comía muy lentamente, cortando trocitos de carne y arreglando pequeñas pastillas de patatas

amasadas en su plato. La situación no cesaba de preocupar a Carl Tiflin.

—¿No tiene usted parientes en esta parte del país? —preguntó.

Gitano replicó con cierto orgullo:

—Mi cuñado está en Monterrey. También tengo primos allí.

—Bueno, entonces puede irse a vivir con ellos.

—Yo nací aquí —dijo Gitano como un suave reproche.

La madre de Jody salió de la cocina trayendo una gran fuente de budín de tapioca.

Carl se dirigió a ella riendo:

—¿Te conté lo que le dije a Gitano? Le dije que si el jamón y los huevos crecieran en las laderas de las colinas, le pondría a pastar como al viejo *Pascua Florida*.

Gitano no levantó los ojos, clavados en el plato.

—Es una lástima que no pueda quedarse —dijo mistress Tiflin.

—Mira, no vengas ahora con esas cosas —dijo Carl ásperamente.

Cuando terminaron de comer, Carl, Billy Buck y Jody fueron a sentarse un rato en el *living-room*; pero Gitano, sin una palabra de despedida o de agradecimiento, atravesó la cocina y salió por la puerta trasera. Jody observaba en secreto a su padre, pues sabía cuan mezquino se sentía.

—Esta comarca está llena de estos viejos paisanos —le dijo Carl a Billy Buck.

—Son excelentes hombres —dijo Billy defendiéndolos—.

Pueden trabajar muchos más años que los blancos. Yo conocí a uno que tenía ciento cinco años y que todavía podía montar un caballo. Jamás se ve a un hombre blanco, de la edad de Gitano, caminando veinte o treinta millas.

—Sí, es verdad que son muy resistentes —estuvo de acuerdo Carl—. Pero, dime, ¿es que te vas a poner también de su parte? Óyeme, Billy —explicó—, bastantes preocupaciones tengo con librar a este rancho del Banco

de Italia para hacerme cargo todavía de alguien a quien alimentar. Tú lo sabes bien, Billy.

—Sin duda —replicó Billy—. Si usted fuera rico, sería diferente.

—Así es. Además, el viejo tiene sitio adonde ir. Tiene cuñado y primos en Monterrey. ¿Por qué habría yo de hacerme cargo de él?

Jody escuchaba y le parecía oír la voz suave de Gitano con su imperturbable: «Pero yo nací aquí». Gitano era misterioso como las montañas. Había sierras que se seguían hasta donde alcanzaba la vista; pero detrás de la última serranía se extendía una vasta comarca desconocida. Y Gitano no era un hombre viejo hasta que uno llegaba a sus ojos oscuros, detrás de los cuales había algo desconocido. Él no decía jamás nada que le permitiera a uno adivinar lo que había dentro de ellos, en el interior de sus ojos. Jody se sentía irresistiblemente atraído hacia la casa de los peones. Mientras su padre hablaba, se escurrió de su silla y saltó por la puerta sin hacer ruido.

La noche era oscura y los ruidos lejanos se percibían claramente. Los horcates de un arreo de madera sonaban por encima de la colina, en el camino del condado. Jody atravesó el patio en sombras. Por la ventana del pequeño cuarto de peones se filtraba una luz, y como la noche era callada, se dirigió silencioso hasta ella asomándose a mirar. Gitano estaba sentado en la silla mecedora, de espaldas a la ventana. Su brazo derecho se movía lentamente delante de él. Jody empujó la puerta y entró. Gitano se irguió y cogiendo un trozo de cuero de venado trató de cubrir el objeto que tenía en su regazo; pero el cuero resbaló y Jody se quedó atónito ante lo que Gitano tenía en la mano. Era un hermoso espadín con una cazoleta dorada. La hoja era como un sombrío rayo de luz, y la cazoleta estaba labrada con un intrincado diseño.

—¿Qué es? —preguntó Jody.

Gitano se limitó a dirigirle una mirada de agravio, y cogiendo el cuero de venado envolvió firmemente la hermosa hoja en él. Jody extendió la mano.

—¿Puedo verlo?

Los ojos de Gitano brillaron de ira y sacudió la cabeza.

—¿De dónde lo sacó? ¿Cómo lo ha conseguido?

Esta vez, Gitano le miró profundamente, como si estuviera reflexionando.

—Lo recibí de mi padre.

—¿Y él de dónde lo sacó?

Gitano miró el paquete envuelto en el cuero de venado que tenía en la mano.

—No sé.

—¿Nunca se lo dijo?

—No.

—¿Y qué hace usted con eso?

Gitano pareció ligeramente sorprendido.

—Nada, lo guardo simplemente.

—¿Puedo verlo de nuevo?

El viejo desenvolvió lentamente la hoja reluciente dejando que la luz de la lámpara se proyectara sobre ella un instante. En seguida volvió a guardarla.

—Márchese ahora. Quiero acostarme —dijo, apagando la lámpara casi antes de que Jody hubiera cerrado la puerta.

Mientras se encaminaba a la casa, Jody sabía algo con mayor precisión de lo que jamás había tenido en su vida, y era que no debía contarle a nadie nada acerca del espadín. Sería espantoso contárselo a alguien, porque ello destruiría alguna frágil estructura de verdad. Era una verdad que podía ser destrozada por la indiscreción.

En el camino a través del patio oscuro, Jody pasó junto a Billy Buck.

—Están buscándote —le dijo Billy.

Jody regresó al *living-room* y su padre se volvió al sentirle entrar.

—¿Dónde estabas?

—Fui a ver si cogía ratas en la nueva trampa.

—Es hora de que te acuestes —dijo su padre.

* * *

Jody fue el primero que estuvo a la mesa del desayuno a la mañana siguiente. Después llegó su padre, y por último, Billy Buck. Mistress Tiflin se asomó desde la cocina.

—¿Dónde está el viejo, Billy? —preguntó.

—Me imagino que debe estar dando un paseo —dijo Billy—. Miré a su cuarto y no estaba allí.

—Tal vez partió para Monterrey —dijo Carl—. Es un largo trayecto.

—No —explicó—. Su saco está en el cuarto.

Terminado su desayuno, Jody se dirigió a la casa de los peones. Las moscas volaban al sol. El rancho parecía especialmente tranquilo aquella mañana. Cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, entró en la pequeña habitación y miró dentro del saco de Gitano. Éste contenía alguna ropa interior, un par de pantalones y tres pares de calcetines usados. No había nada más. Una aguda soledad cayó sobre Jody. Regresó lentamente a la casa. Su padre estaba en el pórtico hablando con Mistress Tiflin.

—Parece que el viejo *Pascua Florida* se murió por fin —dijo Carl—. No le vi bajar al agua con los demás caballos.

A mediados de la mañana, Jess Taylor, del rancho de la sierra, llegó a caballo.

—Supongo que no venderías aquel viejo matalón tuyo, ¿eh, Carl?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué?

—Es el caso —dijo Jess —que esta mañana salí temprano y observé algo curioso. Vi a un viejo montado en un caballo muy viejo, sin silla y con un trozo de cordel por brida. No iba por el camino, sino que cortaba derecho por la pradera. Creo que tenía un revólver. Al menos, vi relucir algo en su mano.

—Es el viejo Gitano —dijo Carl Tiflin—. Voy a ver si falta alguno de mis fusiles.

Entró un segundo en la casa.

—No, están todos allí. ¿Qué dirección llevaba, Jess?

—Bueno, esto es precisamente lo curioso. Iba directamente hacia las montañas.

Carl rió.

—Nunca son demasiado viejos para robar —dijo—. Supongo que robó al viejo *Pascua Florida*.

—¿Quieres salir a buscarle, Carl?

—Bah, no; así me ahorrará el trabajo de enterrar a ese caballo. Pero me pregunto de dónde habrá sacado ese revólver y qué es lo que va a hacer allá.

Jody cruzó la huerta, hacia el matorral. Desde allí, miró con ojos interrogadores las montañas que se erguían majestuosamente, sierra tras sierra, hasta el mar. Por un minuto creyó divisar una mancha negra que se arrastraba en la sierra más lejana. Pensó en el espadín, y en Gitano, y en las grandes montañas. Sentía un gran deseo, un deseo tan agudo, que hubiera querido llorar para arrancárselo del pecho. Se tendió en el césped cerca del abrevadero al borde de la pradera. Se cubrió los ojos con los brazos y estuvo allí largo rato, lleno de una tristeza sin nombre.

LA PROMESA

A mediados de una tarde de primavera, el pequeño Jody caminaba marcialmente por la carretera bordeada de matorrales en dirección a su casa. Golpeando contra su rodilla la fiamblera en que llevaba su almuerzo a la escuela, imitaba el ruido de un tambor bajo, a la vez que chasqueaba la lengua contra sus dientes para hacer los ruidos correspondientes a un tamboril y trompetas. Hacía ya largo rato que los demás miembros de la pandilla que con tanto desparpajo abandonaban la escuela, habían tomado las sendas de los diversos desfiladeros o de las carreteras tortuosas hasta sus propios ranchos. En ese instante, Jody caminaba levantando muy alto las rodillas y golpeando fuertemente el suelo con los pies. Iba al parecer solo, pero tras él caminaba un ejército silencioso e implacable.

La tarde estival era verde y oro. Debajo de las ramas extendidas de los robles crecían plantas pálidas y altas, y en las colinas, el forraje era espeso y suave. En las artemisas resplandecían nuevas hojas plateadas, y los robles tenían caperuzas de un verde dorado. Sobre las colinas flotaba un olor tan penetrante, que los caballos galopaban en los llanos como locos, y luego se detenían intrigados; los corderos e incluso las ovejas daban súbitamente brincos en el espacio, se paraban con las patas tiesas, y después seguían pastando, y los terneros jóvenes y desmañados se topaban las cabezas, las apartaban y volvían a toparlas.

Mientras el gris y silencioso ejército pasaba encabezado por Jody, los animales cesaban de alimentarse e interrumpían sus juegos para verlo pasar.

De pronto, Jody se detuvo. El ejército gris vaciló, perplejo y nervioso. Jody se arrodilló mientras el ejército formaba filas; en seguida se detuvo un instante incierto, y después, con un ligero suspiro de tristeza, se alzó en una débil neblina gris y desapareció. Jody había visto la cresta espinosa de una

iguana que se movía entre el polvo de la carretera. Estirando su mano sucia cogió la aureola erizada sujetándola firmemente mientras la pequeña bestezuela luchaba. Volviéndola cabeza abajo, Jody dejó al descubierto su pálido vientre dorado, y con el índice le acarició suavemente la garganta y pecho, hasta que la iguana relajó su tensión, cerró los ojos y cayó en un sueño lánguido.

Jody destapó la fiambarrera, depositando dentro su primera caza. En seguida prosiguió su camino con las rodillas ligeramente dobladas y los hombros agachados; sus pies desnudos pisaban el suelo experta y silenciosamente, y en su mano derecha llevaba un largo rifle gris. A lo largo del camino, el matorral se estremecía bajo una nueva e inesperada población de tigres y osos grises. La caza era muy buena, pues cuando Jody llegó a la bifurcación del camino donde sobre un pilar se alzaba la estafeta del correo, había capturado dos iguanas más, cuatro lagartijas, una culebra azul, dieciséis saltamontes de alas amarillas y una lagartija acuática, parda y húmeda, cogida bajo una roca. Esta surtida compañía agitaba desdichadamente sus patas contra la tapa de la fiambarrera. En la bifurcación el rifle se evaporó, y los tigres y osos se disolvieron en las laderas de las colinas. Aun las criaturas húmedas e inconfortables en la lata cesaron de existir para Jody, apenas vio la pequeña bandera de metal que se alzaba sobre la estafeta indicando que dentro había materia postal. Jody depositó su lata en el suelo y abrió la caja. Había un catálogo de *Montgomery Ward* y un ejemplar del *Salina's Weekly Journal*. Después la cerró, cogió su lata y bajó trotando hacia la cuenca del rancho. Pasó corriendo junto al establo, al almiar, al dormitorio de los peones y al ciprés, y abrió de golpe la puerta frontal del rancho, gritando:

—Mamá, mamá, hay un catálogo.

Mistress Tiflin estaba en la cocina vertiendo unas cucharadas de leche cuajada en una bolsa de algodón. Dejándola sobre la mesa se secó las manos.

—Estoy en la cocina, Jody.

Jody entró corriendo, depositó la fiambra en el fregadero, y exclamó:

—Aquí está. ¿Puedo abrir el catálogo, mamá?

Mistress Tiflin cogió nuevamente la cuchara volviendo a su queso.

—No lo pierdas, Jody. Tu padre querrá verlo. —Coló el resto de la leche en la bolsa—. Ah, Jody, tu padre desea verte antes que vayas a tu trabajo —agregó, alejando con la mano una mosca de la bolsa.

Jody cerró el catálogo alarmado.

—¿Cómo, mamá?

—¿Por qué no pones nunca atención a lo que se te dice? Tu padre quiere verte.

El muchacho dejó suavemente el catálogo sobre la tabla del fregadero.

—¿Es por... por algo que he hecho?

Mistress Tiflin rió.

—Eso significa que la conciencia te acusa de algo. ¿Qué has hecho?

—Nada, mamá —dijo Jody débilmente.

No lograba recordar nada, y además, era imposible saber cuál de sus acciones podía ser interpretada como un delito.

Su madre colgó la bolsa llena de un clavo, dejándola gotear sobre el fregadero.

—Tu padre dijo únicamente que quería verte cuando regre saras del colegio. Debe estar en el granero.

Jody se volvió, saliendo por la puerta trasera.

Al oír que su madre abría la fiambra con una exclamación de ira, le asaltó el recuerdo del contenido de la lata, e ignorando deliberadamente la voz irritada que le llamaba desde la casa, corrió hacia el granero.

Carl Tiflin y Billy Buck estaban apoyados contra el cerco más bajo del apacentadero. Ambos tenían un pie apoyado en la barra inferior y los codos en la de más arriba. Conversaban lentamente y de cualquier cosa. En la dehesa, media docena de caballos mordisqueaban satisfechos el dulce pasto. La yegua *Nellie* se apoyaba contra la puerta, restregándose las ancas contra el pesado poste.

Jody se acercó intranquilo, arrastrando un pie para dar una impresión de gran inocencia e indiferencia. Cuando llegó junto a los hombres apoyó un pie contra la barandilla inferior del cerco, colocó los codos en la segunda barra y miró también hacia la dehesa.

—Quería verte —dijo Carl con el tono severo que reservaba para los niños y los animales.

—Sí, señor —dijo Jody con aire culpable.

—Billy me dice que tú cuidaste bien al pony antes de que muriera.

No había, pues, castigo en el aire, y Jody replicó más osado.

—Sí, señor, lo cuidé bien.

—Billy dice que tienes mucha paciencia con los caballos.

Jody sintió un súbito calor de amistad hacia el vaquero.

—Cuidó a ese pony como no lo he visto hacer jamás a nadie —dijo Billy.

Entonces, Carl Tiflin llegó gradualmente al punto que tenía en miras.

—Si pudieras tener otro caballo, ¿estarías dispuesto a trabajar para obtenerlo?

Jody se estremeció.

—Sí, señor.

—Bueno, escúchame bien entonces: Billy dice que la mejor manera de que llegues a ser un buen cuidador de caballos es criando un potrillo.

—Es la única manera —interrumpió Billy.

—Ahora bien, pon atención, Jody —continuó Carl—. Jess Taylor, el del rancho de la sierra alta, tiene un buen garañón, pero pide cinco dólares por él. Yo pondré el dinero, pero tú tendrás que trabajar todo el verano. ¿Lo harás?

—Sí, señor —dijo suavemente.

—¿Sin queja alguna? ¿No te olvidarás de lo que se te en cargue hacer?

—Sí, señor.

—Bien entonces. Mañana por la mañana llevarás a *Nellie* al rancho de la sierra para que saque cría. Tú tendrás que cuidar de ella también hasta que nazca el potro.

—Sí, señor.

—Y ahora, vete a ver los pollos y a encargarte de la leña.

Jody se alejó rápidamente. Al pasar detrás de Billy Buck estuvo a punto de estirar la mano para tocar las piernas envueltas en los pantalones de algodón. Sus hombros se inclinaron ligeramente con un sentimiento de madurez e importancia.

Jody se puso a realizar sus faenas con una seriedad sin precedentes. Aquella noche no vació el bote de grano a los pollos de manera que ellos tuvieran que saltar unos sobre otros y luchar para obtenerlo, sino que arrojó el trigo tan lejos y tan cuidadosamente, que las gallinas no pudieron encontrar nada para ellas. Y en casa, después de escuchar las protestas de su madre sobre los niños que llenaban sus fiambreras con reptiles sofocados y con sabandijas, prometió no volver a hacerlo nunca más. En verdad, Jody sentía que todas aquellas locuras pertenecían al pasado. Ahora estaba demasiado crecido para poner iguanas en su fiambrera. En seguida cargó tal cantidad de leña e hizo con ella un montón tan alto, que su madre temió un alud de roble. Cuando hubo concluido y después de coger los huevos que habían permanecido escondidos durante semanas, Jody se encaminó nuevamente hacia la dehesa, pasando junto al ciprés y a la casa de los peones. Un sapo grueso y verrugoso que le miró desde debajo del abrevadero no ejerció el más pequeño efecto emocional sobre él. No se veía a Carl Tiflin y Billy Buck; pero por un ruido metálico que llegaba del otro lado del granero, Jody supo que Billy estaba comenzando a ordeñar una vaca. Los caballos comían en el extremo superior de la dehesa, pero *Nellie* continuaba restregándose nerviosamente contra el poste. Jody se acercó a ella llamándole.

—*Nellie...* mi buena *Nellie*.

La yegua echó las orejas para atrás perversamente y sus labios se fruncieron mostrando unos dientes amarillos. Luego volvió la cabeza; sus ojos parecían de vidrio. Jody trepó sobre el cerco con las piernas colgando, y se puso a mirar paternalmente a la yegua.

La tarde avanzó mientras él permanecía allí. Los murciélagos y los pájaros nocturnos azotaban las ramas con sus alas. Billy Buck, que se dirigía hacia la casa llevando un cántaro lleno de leche, se detuvo al ver a Jody.

—Va a ser una larga espera —dijo gentilmente—. Vas a cansarte horriblemente de esperar.

—No. No me cansaré, Billy. ¿Cuánto tardará?

—Casi un año.

—Bueno, no me cansaré.

El triángulo resonó en la casa con estridencia. Jody bajó del cerco y se dirigió a cenar junto a Billy Buck, extendiendo una mano para ayudarle a llevar el cántaro de leche.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Carl Tiflin envolvió un billete de cinco dólares en un pedazo de periódico y clavó el paquete en el bolsillo delantero del mono de Jody. Billy Buck le echó el ronzal a la yegua *Nellie* y la sacó del establo.

—Ve con cuidado, ahora —le advirtió—. Ten el ronzal corto para que no pueda morderte. Está más loca que una cabra.

Jody cogió el ronzal de cuero y comenzó a subir la colina hacia el rancho, mientras *Nellie* le seguía a tirones y brincos. En la dehesa, a lo largo de la carretera, las avenas silvestres estaban comenzando a sacudir sus vainas. El tibio sol matinal caía sobre la espalda de Jody tan suavemente que le obligaba a dar de vez en cuando pequeños brincos con las piernas tiesas a pesar de su madurez.

Las alondras de los prados cantaban como el agua, y las palomas silvestres, escondidas entre las hojas de los robles, se arrullaban con cantos de reprimida pesadumbre. En los campos, los conejos tomaban el sol y sólo sus orejas asomaban sobre el césped.

Después de una hora de continua ascensión por la colina, Jody tomó un sendero angosto que conducía por una colina más empinada hacia la hacienda de la serranía. Desde allí pudo divisar el tejado rojo del granero asomando entre los robles, y oyó el ladrido de un perro cerca de la casa. Súbitamente, *Nellie* dio un salto atrás y estuvo a punto de escaparse. Desde el granero llegó un chillido agudo y el ruido de madera astillada, y después la voz de un hombre que gritaba. *Nellie* se encabritó y lanzó un relincho. Como Jody sujetara el ronzal, quiso precipitarse contra él mostrándole los dientes. Él aflojó el lazo y se apartó del camino hacia la pradera. Nuevamente llegó desde los robles el chillido al cual *Nellie* replicó con otro. Haciendo resonar el suelo con sus cascos, el garañón apareció descendiendo la colina y arrastrando un ronzal roto. Sus ojos relucían febrilmente. Las ventanas de su nariz, tiesas y erectas, estaban rojas como una llama. Su pelaje negro y bruñido resplandecía bajo el sol. El garañón venía con tal velocidad, que no pudo detenerse al llegar junto a la yegua. *Nellie* echó las orejas hacia atrás, giró y le largó una coz. El garañón dio vueltas a su alrededor encabritado, golpeando a la yegua con el casco delantero, y mientras ella vacilaba bajo el golpe, le mordisqueó el cuello, del que manó un poco de sangre.

Inmediatamente, la actitud de *Nellie* cambió. Se volvió coquetamente femenina. Mordisqueó a su vez el pescuezo arqueado del animal, y giró a su alrededor restregándose contra su lomo. Jody permanecía escondido en el matorral, observando. A su espalda sintió los cascos de un caballo; pero antes de que pudiera volverse, una mano le cogió por las tiras de su mono y le alzó del suelo. Jess Taylor instaló al muchacho detrás de él, en su caballo.

—Podían matarte —dijo—. *Sundog* es a veces un demonio.

Rompió sus ataduras y se lanzó por la puerta.

Jody estaba quieto, pero de pronto exclamó:

—Va a hacerle daño. Va a matarla. ¡Apártele de ella!

Jess rió entre dientes.

—No te preocupes. Lo mejor será que subas hasta la casa un momento. Tal vez te den allí un pedazo de pastel.

Pero Jody sacudió la cabeza.

—Ella es mía y el potro va a ser mío. Yo voy a criarlo.

Jess asintió.

—Sí, eso está muy bien. Carl es a veces sensato.

En un momento, el peligro había pasado; Jess bajó a Jody del caballo, cogió el garañón por la cuerda rota y en seguida él cabalgó hacia la casa, mientras Jody le seguía conduciendo a *Nellie*.

Sólo después de haber sacado los cinco dólares de su bolsillo, de haberlos entregado y de haber comido dos trozos de pastel, emprendió Jody el regreso a casa. *Nellie* le seguía dócilmente. Estaba tan quieta, que Jody subió a ella y la montó casi todo el camino de regreso.

Los cinco dólares que su padre había adelantado redujeron a Jody a la condición de peón durante toda la primavera y el verano. Cuando fue cortado el heno, él pasó el rastrillo a la amelga. Guió también el caballo que tiraba del arado, y cuando llegó el momento de enfardar, condujo el caballo que daba vueltas a la máquina. Además, Carl Tiflin le enseñó a ordeñar una vaca, de manera que ya tenía una nueva tarea por las mañanas y por las noches.

Nellie, la yegua baya, se tornó rápidamente complaciente. Mientras caminaba por las colinas amarillentas o trabajaba en fenas fáciles, sus labios permanecían encorvados como en una perpetua sonrisa vanidosa.

Se movía lentamente, con la serena importancia de una emperatriz. Cuando se la puso en una yunta, tiró de ella con constancia y sin emoción. Jody iba a verla todos los días, examinándola con ojos críticos; pero no advertía en ella cambio alguno.

Una tarde, Billy Buck apoyó el horcón de abonar contra la pared del granero. Se aflojó el cinturón, entró su camisa en el pantalón y lo volvió a apretar. Cogió una

de las pajas de la cinta de su sombrero llevándosela a una comisura de su boca. Jody, que estaba ayudando a *Doubletree Mutt*, el gran perro serrote, a desenterrar un topo, se enderezó al ver salir a Billy del granero.

—Vamos a echarle una mirada a *Nellie* —insinuó este último.

En el acto. Jody echó a andar junto a él. *Mutt* le observó, y se puso a cavar furiosamente, gruñendo y lanzando pequeños ladridos para indicar que el topo estaba prácticamente cogido: pero como viera que ni Billy ni Jody mostraban interés por su tarea, abandonó de mala gana el hoyo que había hecho y los siguió hacia la colina.

Las avenas silvestres estaban madurando. Cada cabecita se inclinaba bajo su carga de grano, y el césped estaba tan seco que crujía con un silbido bajo los pasos de Jody y Billy. A media colina, vieron a *Nellie* y a *Pete*, el caballo color gris, mordisqueando las cabecitas de las avenas silvestres. Al oírles aproximarse, *Nellie* echó las orejas hacia atrás y sacudió la cabeza con rebeldía. Billy se acercó a ella, colocó su mano bajo la melena de la yegua y le acarició el cuello hasta que ella echó nuevamente las orejas adelante y le mordisqueó delicadamente la camisa.

Billy alzó con su pulgar y su índice los párpados de la yegua, y le palpó el labio inferior y las tetillas negras.

—No me extrañaría —dijo.

—Bueno, pero no ha cambiado nada y ya han pasado tres meses.

Billy restregó la frente plana de la yegua con sus nudillos mientras ella gruñía de placer.

—Ya te dije que te cansarías de esperar. Y todavía pasarán cinco meses antes de que puedas advertir el menor signo, y por lo menos ocho meses hasta que nazca el potro, o sea, en enero próximo.

Jody suspiró profundamente.

—Es mucho tiempo, ¿verdad?

—Y después pasarán dos años más o menos antes de que puedas montarlo.

—Ya seré mayor entonces —exclamó Jody con desesperación.

—Sí, serás un viejo —dijo Billy.

—¿De qué color cree que será el potro?

—Nunca se puede saber. El macho es negro y la hembra baya. El potro bien podría ser negro o bayo o gris o manchado.

Es imposible decirlo. A veces, una yegua negra puede tener un potro blanco.

—Ojalá sea negro y macho.

—Si es un macho, tendremos que castrarlo. Tu padre no te permitiría tener uno.

—Tal vez sí —dijo—. Yo podría adiestrarlo para que no fuese malo.

Billy frunció los labios, pasando la paja que mascaba de un borde al otro de su boca.

—Jamás se puede confiar en un garañón —dijo con tono crítico—. Casi siempre pelean y causan perturbaciones, y cuando se ponen tristes, se resisten a trabajar. Además, ponen inquietas a las yeguas, y son unos demonios con los capados. No, tu padre no te permitiría tener un garañón.

Nellie se alejó mordisqueando el césped seco. Jody apartó el grano de una espiga, arrojando al aire las semillas, que salieron disparadas como flechas.

—¿Cómo será, Billy? ¿Es igual que cuando las vacas tienen terneros?

—Parecido. Las yeguas son un poco más sensibles. A veces hay que estar junto a ellas para ayudarlas. Y a veces, si la cosa anda mal, es preciso...

Billy se detuvo.

—¿Es preciso qué... Billy?

—Hay que sacar el potro a pedazos, de lo contrario la yegua se muere.

—Pero esta vez no ocurrirá, así, ¿verdad, Billy?

—¡Oh, no! *Nellie* ha parido siempre bien.

—¿Podré estar presente, Billy? ¿Me avisará usted? Recuerde que es mi potro.

—Ya lo creo. Te llamaré.

—Cuénteme cómo será.

—Bueno, tú has visto parir a las vacas. Es casi lo mismo.

La yegua empieza a quejarse y estirarse, y luego, si es un buen parto, aparece primero la cabeza y las patas delanteras, y las pezuñas delanteras hacen un pequeño agujero, lo mismo que hacen los terneros. Y el potro comienza a respirar. Es bueno estar presente, porque si sus patas no están bien, él no puede romper la bolsa y entonces se asfixiaría.

Jody azotó su pierna con una rama.

—Tendremos que estar allí, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí, pierde cuidado!

Volviéndose, descendieron lentamente la colina hacia el granero. A Jody le torturaba algo que no sabía cómo decir.

—Billy —comenzó penosamente—, Billy, usted no ztmi tirá que le suceda nada al potro, ¿verdad?

Billy sabía que Jody estaba pensando en el pony c orado, en el *Gavilán*, y en la manera como el animal había m erto de estrangol. Billy sabía que él había sido infalible antes de aquello y que ahora en cambio podía fracasar, y esto le hacía sentirse mucho menos seguro que antes.

—No puedo decir nada —replicó ásperamente—. Pueden ocurrir muchas cosas y no serían por mi culpa. Yo no puedo hacerlo todo. —Sentíase mal a causa de su prestigio perdido, de manera que dijo previsoramente—: Haré todo lo que sepa, pero no puedo prometer nada. *Nellie* es una buena yegua. Ha parido bien sus potros antes. Y así debería ocurrir ahora.

Y con estas palabras, se apartó de Jody y entró en el cuarto de arneses situado junto al establo, pues se sentía herido en su amor propio.

* * *

Jody se dirigía a menudo a la pradera existente detrás de la casa. Una cañería de hierro mohoso dejaba correr un ligero hilo de agua en una vieja gamella verde. En el sitio en que el agua salpicaba el suelo, había una

mancha de césped perpetuamente verde. Aun cuando las colinas estaban pardas y calcinadas bajo el sol del verano, ese pequeño trozo seguía verde. El agua caía suavemente en la gamella todo el año. Aquel lugar se había convertido en el sitio predilecto de Jody. Cuando le castigaban, el césped verde y fresco y el agua cantarína le calmaban. Cuando se había portado mal, iba allí a desprenderse del ácido que le corroía. Cuando se sentaba en el césped y escuchaba la corriente susurrante, las barreras erigidas en su cerebro caían por toda una dura jornada.

Por otra parte, el negro ciprés junto a la casa del peón le era tan repulsivo como le era querida la tina de agua, pues todos los cerdos venían a este árbol tarde o temprano para ser matados. El espectáculo de matar a un cerdo era fascinador con todos los chillidos y la sangre, pero a Jody le palpitaba el corazón tan de prisa que le hacía daño. Después que los cerdos eran escaldados en la gran marmita de hierro colocada en un trípode y que se les arrancaba la piel, Jody tenía que ir a sentarse junto a la gamella hasta que su corazón se aquietaba. La tina de agua y el ciprés negro eran opuestos y enemigos.

Después que Billy se alejó de él ofendido e irritado, Jody se volvió hacia la casa. Pensaba en *Nellie* y en el pequeño potrillo. De pronto se dio cuenta de que estaba bajo el ciprés negro, bajo el árbol del que se colgaba a los cerdos. Apartándose el pelo que le caía sobre la frente y que estaba seco con el sol y el viento, apuró sus pasos. Le parecía de mal agüero pensar en su potro en aquella especie de matadero, especialmente después de lo que Billy acababa de decirle. A fin de contrarrestar cualquier resultado desfavorable de aquella mala coincidencia, caminó rápidamente junto al rancho, cruzando el corral y la huerta, hasta llegar al borde del matorral.

Allí se sentó en el césped verde. El gorgorito del agua resonaba en sus oídos. Miró más allá de los edificios de la granja, hacia las colinas redondas, amarillas y ricas de grano. Podía ver a *Nellie* pastando

en la ladera. Como siempre, aquel lugar eliminó para él el tiempo y la distancia. Jody vio un potro negro de piernas largas pegándose a los flancos de *Nellie* en busca de leche. Y se vio a sí mismo echándole el ronzal a un potro más crecido. En breves minutos, el potro se convirtió en un magnífico animal de amplio pecho con un cuello largo y arqueado como un caballo marino, y una cola que se agitaba y ondeaba como una llama negra. Este caballo era terrible para todo el mundo, excepto para Jody. En el colegio, los niños le suplicaban que les dejara montarlo, y Jody asentía sonriendo; pero tan pronto lo habían montado, el demonio negro los arrojaba lejos. ¡Muy bien! Así se iba a llamar: ¡*Demonio Negro*! Durante un momento, el agua burbujeante y el césped y el sol retornaron, y después...

A veces por las noches, los rancheros, abrigados en sus camas, sentían el ruido de cascos al galope, y exclamaban: «Es Jody que monta a *Demonio*. Jody ha acudido nuevamente en ayuda del *sheriff*». Y entonces...

El polvo dorado llenaba el aire en la arena del Rodeo de Salinas. El anunciador iba diciendo los nombres de los concursantes del lazo. Cuando Jody se adelantaba montado en el caballo negro hacia el punto de partida, los demás concursantes se hacían a un lado, cediéndole el primer lugar, pues era bien sabido que nadie aventajaba a Jody y a *Demonio* en arrojar el lazo y coger a un novillo. Jody no era ya niño, ni *Demonio* un caballo. Ambos eran un solo glorioso individuo. Y entonces...

El presidente escribió una carta pidiéndoles que le ayudaran a capturar a un bandolero en Washington... Jody se instaló cómodamente en el césped. La pequeña corriente de agua susurraba en la tina musgosa.

* * *

El año transcurrió lentamente. Una y otra vez. Jody había dado a su potro por perdido. Ningún cambio se había operado en *Nellie*. Carl Tiflin aún la enganchaba en una carreta ligera y ella tiraba de una segadora y

trabajaba con el aparejo de horcas «Jackson» cuando llevaban el heno al granero.

Pasó el verano y el tibio y brillante otoño. Y luego, los frenéticos vientos matutinos comenzaron a arremolinarse en las carreteras y el aire tornóse frío y el roble se revistió de un color rojo. Una mañana de septiembre, después de haber terminado su almuerzo, Jody oyó a su madre que le llamaba desde la cocina. Estaba echando agua hervida en un balde lleno de salvado y harina, y agitando la materia para formar una pasta humeante.

—¿Qué deseas, mamá?

—Observa cómo lo hago yo. Vas a tener que hacer esto cada dos días.

—¿Y qué es?

—Es un amasijo caliente para *Nellie*. Esto la mantendrá en buena forma.

Jody se restregó la frente con un nudillo.

—¿Está bien ella? —preguntó tímidamente.

Mistress Tiflin depositó la marmita, agitando el amasijo con una paleta de madera.

—Claro que está bien, sólo que en adelante tendrás que cui darla más. Anda, llévale este desayuno.

Jody cogió el balde y se dirigió corriendo al establo, golpeándose las rodillas con el pesado balde. Encontró a *Nellie* jugando con el agua en la gamella, haciendo ondas y agitando su cabeza de tal modo que el agua salpicaba todo el suelo.

Jody trepó al cerco, colocando junto a ella el balde de amasijo humeante, y retirándose luego a contemplarla. Efectivamente, ella había cambiado. Su vientre estaba hinchado y, al moverse, sus cascos rozaban el suelo. La yegua metió el hocico en el cubo engullendo su desayuno caliente. Cuando concluyó y hubo empujado un poco el balde con el hocico, se adelantó tranquila hacia Jody restregando su cabeza contra él.

Billy Buck salió del cuarto de arneses acercándose a ellos.

—Una vez que empieza, va rápido, ¿eh?

—¿Se produjo de repente?

—¡Oh, no! Solamente que tú dejaste de observarla por un tiempo. Creo que va a portarse bien. Observa sus ojos. Algunas yeguas se ponen malas; pero cuando son buenas, les gusta todo.

—*Nellie* deslizó su cabeza debajo del brazo de Billy restregán dose el cuello entre el brazo y el costado del vaquero—. Debes tratarla muy bien —dijo Billy.

—¿Cuándo tardará? —preguntó Jody casi sin aliento.

El hombre contó silenciosamente con sus dedos.

—Dentro de tres meses —dijo en voz alta—. No se puede decir exactamente. A veces son once meses, contando el día; pero bien podría ser dos semanas antes o un mes después.

Jody clavó la mirada en el suelo.

—Billy —comenzó nerviosamente—, Billy, me llamará usted, cuando esté naciendo, ¿no es cierto? ¿Me dejará estar allí?

Billy mordió la punta de la oreja de *Nellie* con sus dientes.

—Carl dice que quiere que tú comiences desde el principio. Es la única manera de aprender. Nadie puede enseñarte nada. Como hizo mi viejo conmigo a propósito de la mantilla de silla. Él era acemilero del Gobierno cuando yo tenía tu edad, y le ayudaba en su oficio. Un día dejé una arruga en la mantilla de una silla. Mi viejo no me armó ninguna gresca; pero a la mañana siguiente me puso una silla igual. Yo tenía que conducir mi caballo y llevar dicha silla a través de toda una condenada montaña a pleno sol. Por poco me muero. Desde entonces, nunca en mi vida dejé arrugas en una mantilla, pero sentía aquella silla como si fuera sentado encima.

Jody extendió la mano y cogió la melena de *Nellie*.

—Usted me dirá lo que hay que hacer. Usted sabe todo lo que se refiere a los caballos, ¿verdad?

Billy rió.

—Vaya, si yo mismo soy medio caballo —dijo—. Mi madre murió cuando yo nací y como mi viejo era acemilero del Gobierno en las montañas, y no había vacas alrededor, la mayor parte del tiempo me daba la leche de la yegua.

—Billy prosiguió seriamente—: Y los caballos saben eso. ¿Verdad que tú lo sabes, *Nellie*?

La yegua volvió su cabeza mirándole de lleno en los ojos por un instante, cosa que los caballos casi nunca hacen. Billy se sintió con ello orgulloso y seguro de sí mismo, y dijo jactándose un poco:

—Yo haré que tengas un buen potro. Yo te haré parir bien.

Y puedo agregar que, si quieres, tendrás el mejor caballo de todo el condado.

Esto hizo sentirse orgulloso a Jody también, tan orgulloso que, cuando regresó a la casa, dobló las piernas y balanceó los hombros como hacen los jinetes. Y dijo en voz baja: «¡Huáa, *Demonio Negro*, a ti! ¡Listo ahora, clava los pies firmes en tierra!»

* * *

El invierno se dejó caer con todo su rigor. Hubo unas cuantas lluvias preliminares, y después una lluvia fuerte. Las colinas perdieron su color pajizo y se ennegrecieron bajo el agua, y las corrientes invernales se deslizaban ruidosamente por los desfiladeros angostos. Los hongos asomaban en el suelo, y el césped nuevo brotó antes de Navidad.

Pero aquel año, la Navidad no fue para Jody el día más importante del año. Algún día indefinido de enero se había convertido ahora en el eje alrededor del cual giraban los meses. Cuando cayeron las lluvias, colocó a *Nellie* en un pesebre, llevándole cada mañana su desayuno caliente y peinándola y almohazándola después.

La yegua estaba hinchándose de tal forma que Jody se alarmó.

—Va a reventar —le dijo a Billy.

Billy apoyó su mano grande y fuerte contra el abdomen hinchado de *Nellie*.

—Palpa aquí —dijo tranquilamente—. Ya puedes sentirlo moverse. Me imagino que no te extrañaría que fuesen potros mellizos.

—¿Lo cree así? —preguntó Jody—. ¿Cree usted, Billy, que van a ser mellizos?

—No, no lo creo; pero a veces sucede.

Durante las dos primeras semanas de enero llovió intermitentemente. La mayor parte del tiempo, cuando no estaba en el colegio, Jody permanecía en el pesebre junto a *Nellie*. Veinte veces al día colocaba su mano en el vientre del animal, para sentir moverse al potro. *Nellie* se mostraba cada vez más amistosa con él. Restregaba el hocico contra él relinchando suavemente al sentirle en el establo.

Carl Tiflin vino un día a la cuadra con Jody. Observó con admiración el pelaje bayo y bien cuidado de la yegua, y palpó la carne firme sobre las costillas y el lomo.

—Has hecho un buen trabajo —dijo a Jody.

Ésta era la mayor alabanza que él sabía decir, y Jody no cabía en su pellejo de orgullo.

Así llegó el quince de enero, y el potro no había nacido. Y llegó el día veinte; Jody comenzó a sentir un peso de temor en el estómago.

—¿Todo va bien? —preguntó a Billy.

—¡Oh, sí!

—¿Está usted seguro que todo saldrá bien? —insistió el muchacho.

Billy acarició el cuello de la yegua, que agitó la cabeza inquieta.

—Ya te he dicho que no siempre se produce en el mismo plazo de tiempo, Jody. Tienes que esperar.

Como llegaran los últimos días del mes sin que se produjera el nacimiento, Jody se puso frenético. *Nellie* estaba tan hinchada, que respiraba dificultosamente, y tenía las orejas juntas y rectas como si le doliera la cabeza. El sueño de Jody se tornó inquieto y confuso.

En la noche del segundo día de febrero despertó llorando.

—Jody, seguro que tienes pesadilla —le llamó su madre—. Despierta y vuelve a dormirte más tarde.

Pero Jody estaba heno de intranquilidad y terror. Siguió tranquilo unos segundos, esperando a que su

madre se durmiera, y después se deslizó del lecho, se vistió y abandonó la habitación, con los pies descalzos.

La noche era espesa y negra. Caía una pequeña llovizna. El ciprés y la casa de los peones asomaron un instante para volver a caer en la niebla. La puerta del establo crujió al abrirla, algo que jamás ocurría durante el día. Jody se dirigió a la barra encontrando una linterna y una caja de fósforos. Encendió la mecha, y caminó por el largo pasillo cubierto de paja hasta el pesebre de Nellie. La yegua estaba inquieta, retorciendo el cuerpo y balanceándolo de un lado a otro. Jody la llamó por su nombre, pero ella no cesó su vaivén, ni miró en torno suyo. Cuando el niño se acercó al pesebre y la tocó en el lomo, se estremeció bajo su mano. Entonces llegó la voz de Billy desde el henil, que quedaba exactamente encima del pesebre.

—¿Qué haces, Jody?

Jody dio un respingo y se volvió a mirar con desesperación hacia el nido que se había hecho Billy en el heno.

—¿Cree usted que ella está bien?

—Claro que sí.

—Billy... no permitirá usted que ocurra nada, ¿me lo promete?

—Ya te dije que te llamaría y así lo haré —refunfuñó Billy—. ¡Y ahora vuélvete a tu cama y no te preocupes más de esa yegua! Bastante tiene ella consigo mismo sin necesidad de que tú te inquietes por ella.

Jody asumió una actitud de tímido mimo, pues nunca había oído a Billy hablar en ese tono.

—Sólo quise venir a ver porque me desperté muy inquieto.

Billy se suavizó entonces un poco.

—Bueno, ahora ve a acostarte. No quiero que molestes a la yegua. Ya te dije que te dará un buen potro. Vete ahora.

Jody salió lentamente del granero. Apagó la linterna y la colocó en el enrejado. La negrura de la noche y la neblina helada le envolvieron afuera. Deseaba creer en

lo que Billy le había dicho, como le había creído antes de que el pony muriera. Sus ojos, cegados por la débil llama de la linterna, tardaron en poder discernir algo en la oscuridad. El suelo húmedo le helaba los pies desnudos. Al pasar junto al ciprés, los pavos allí encaramados cotorrearón alarmados, y los dos buenos perros respondieron a su obligación saliendo a la carga y ladrando para asustar coyotes que ellos suponían rondando bajo el árbol.

Mientras se deslizaba sigilosamente por la cocina, Jody tropezó con una silla.

—¿Quién está ahí? ¿Qué pasa? —llamó Carl Tiflin desde su dormitorio.

—¿Qué ocurre, Carl? —inquirió a su vez mistress Tiflin, soñolienta.

Carl salió del dormitorio con una vela, sorprendiendo a Jody antes que éste pudiera meterse en su lecho.

—¿Qué estás haciendo afuera?

—Fui a ver a la yegua —respondió Jody, desviando tímidamente la mirada.

Por un instante Carl luchó interiormente entre un sentimiento de aprobación y el enojo de haber sido despertado.

—Escucha —dijo por último—, no hay en esta comarca un hombre que sepa más de potros que Billy. Déjale el asunto a él.

—Pero el pony murió.... —exclamó Jody precipitadamente.

—No le echas la culpa a Billy de eso —dijo Carl con severidad—. Si Billy no puede salvar a un caballo, es porque no tiene salvación.

—Hazle limpiarse los pies y que se acueste, Carl —llamó mistress Tiflin desde dentro—. Mañana va a estar con sueño todo el día.

* * *

A Jody le parecía que acababa de cerrar los ojos para tratar de dormirse, cuando fue violentamente sacudido

por un hombro. Billy Buck estaba junto a él sosteniendo una linterna en la mano.

—Levántate —exclamó—. Y date prisa.

Y volviéndose, salió rápidamente de la habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Es usted Billy? —llamó mistress Tiflin.

—Sí, señora.

—¿Está *Nellie* lista?

—Sí, señora.

—Muy bien. Me levantaré a calentarle un poco de agua por si la necesita.

Jody se vistió con tal prisa, que se encontró en la puerta antes que la linterna oscilante de Billy estuviera a medio camino del establo. El alba apuntaba débilmente sobre las cimas de las montañas, pero la luz no penetraba aún en la cuenca del rancho. Jody corrió frenéticamente detrás de la linterna, alcanzando a Billy al llegar éste al establo. Billy colgó la linterna de un clavo y se quitó su chaqueta de estameña azul. Jody vio que debajo sólo tenía puesta una camisa sin mangas.

Nellie estaba parada, rígida y tiesa. Mientras ellos la observaban se acucilló. Todo su cuerpo se retorció en un espasmo, que pasó, para volver a repetirse un momento después, y así sucesivamente.

—Algo anda mal —murmuró Billy nerviosamente. Su mano desnuda desapareció—. ¡Cristo! —exclamó—. Esto va mal.

El espasmo volvió a repetirse, y esta vez Billy hizo un gran esfuerzo, a tal punto que se le destacaron los músculos del brazo y de los hombros. Trabajaba penosamente, con la frente cubierta de sudor. *Nellie* relinchaba de dolor.

—Está mal —murmuraba Billy—. No puedo volverlo. Está al revés. Está vuelto al revés.

Clavó una mirada angustiosa en Jody. En seguida sus dedos hicieron un diagnóstico cuidadoso. Tenía el ceño contraído. Por un segundo miró interrogativamente a Jody, que estaba apoyado contra la casilla del pesebre. Entonces Billy se dirigió al enrejado bajo la ventana del estercolero, y cogió un martillo en forma de herradura con su mano derecha húmeda.

—Vete afuera, Jody —dijo.

Pero el muchacho permaneció inmóvil mirándole estúpidamente.

—Vete afuera, te digo, o va a ser demasiado tarde.

Jody no se movió.

Entonces Billy se dirigió rápidamente a la cabeza de *Nellie*.

—Vuelve la cara, condenado, vuelve la cara, te digo.

Esta vez Jody obedeció. Oyó a Billy lanzar una sorda exclamación en el pesebre, y después el crujido de un hueso hendido. *Nellie* lanzó un alarido agudo. Jody se volvió, alcanzando a ver el martillo que se alzaba para caer nuevamente sobre la frente plana. Entonces *Nellie* cayó pesadamente de costado, estremeciéndose por un instante.

Billy se lanzó hacia el vientre hinchado de la bestia, cuchillo en mano. Levantando la piel hundió el cuchillo, rasgando y cortando el vientre resistente. El aire se llenó del olor de tibias entrañas vivas. Los demás caballos se encabritaron contra sus cadenas, lanzando relinchos y pataleando.

Billy dejó el cuchillo a un lado, hundió ambos brazos en aquel hoyo tan terriblemente rasgado, y extrajo un bulto blanco, chorreante. Abrió con los dientes la envoltura, y una pequeña cabeza negra, con unas orejas pequeñas, lustrosas y húmedas, apareció por la rasgadura. Se escuchó una especie de gorgoteo, luego otro. Billy desprendió la bolsa, y con su cuchilla cortó el cordón. Por un instante contempló al pequeño potrillo negro que tenía en sus brazos; en seguida se dirigió lentamente hacia Jody y lo depositó a los pies del muchacho.

El rostro, los brazos y el pecho de Billy chorreaban sangre. Su cuerpo se estremecía y le castañeteaban los dientes. Parecía haber perdido la voz, pues de su garganta salió un ruido ronco.

—Ahí tienes tu potro. Te lo prometí y ahí lo tienes. Fue preciso hacer lo que hice.... no había más remedio.

—Se volvió a mirar hacia el pesebre—. Ve a traer agua caliente y una es ponja— prosiguió con el mismo ronco

cuchicheo—. Lávale y sécale como lo habría hecho su madre. Vas a tener que alimentarle con tu propia mano; pero ahí tienes tu potro, como te lo prometí.

Jody miró estúpidamente el potrillo húmedo y palpitante que estiraba la piel tratando de alzar la cabeza. Sus ojos, turbios y sin expresión, eran de un azul oscuro.

—¡Que el diablo te coja! —gritó Billy—. ¿Vas a ir en busca de agua o no? ¿Vas a ir?

Entonces Jody se volvió y corrió hacia la granja. La luz del alba iba en aumento. El muchacho sentía un dolor desde la garganta al estómago, y las piernas tiesas y pesadas. Trataba de sentirse feliz por el potro, pero no lograba apartar de su imaginación el rostro ensangrentado, despavorido, y los ojos fatigados de Billy Buck.

EL GUIA DE LA PARTIDA

El sábado por la tarde, Billy Buck, el peón, rastrilló la última parva del año anterior y, por encima de la alambrada, arrojó pequeñas horquilladas de heno a unas pocas vacas, mansas y curiosas. Nubéculas parecidas a bocanadas de humo de cañón se alejaban en lo alto, en la atmósfera, hacia el Este, empujadas por el viento de marzo. El silbido del viento resonaba en el monte, por las cimas de la colina. Pero ningún soplo penetraba en el área del rancho.

El pequeño Jody salió de la casa comiendo un gran pedazo de pan con manteca. Distinguió a Billy, quien acababa su labor en la parva. Jody marchaba pesadamente, arrastrando los pies en una forma que, según se le había dicho, era perjudicial para el cuero bueno. Una bandada de blancas palomas voló del negro ciprés cuando Jody pasaba por su cercanía; luego, rodeó el árbol y aterrizó. Un gato semicubierto por un caparazón de tortuga saltó del pórtico de la casa de los peones, cruzó el camino, giró velozmente y retornó. Jody cogió una piedra para tomar parte en el juego, pero ya era demasiado tarde, pues el gato se había refugiado en el pórtico antes de que la piedra pudiera ser lanzada. Jody la arrojó por el lado del ciprés y las blancas palomas iniciaron otro vuelo de rotación.

Al llegar a la consumida parva, el chico se apoyó en la alambrada de púas.

—¿Crees que esto será todo? —preguntó.

El sereno peón interrumpió su cuidadoso rastrilleo y clavó la horquilla en el suelo. Quitóse el sombrero y se alisó el cabello.

—No ha quedado nada que no esté empapado por la humedad de la tierra —replicó.

Volvió a colocarse el sombrero y se frotó las manos secas y encallecidas.

—Debe haber muchas ratas —sugirió Jody.

—Esto está que hierve de ratas —confirmó Billy—. Se arrastra el heno con ratas.

–Bueno, tal vez cuando termines podría llamar a los perros y cazarlas.

–Claro, me figuro que sí –asintió Billy Buck.

Levantó una horquillada de heno húmedo y la arrojó al aire. Simultáneamente saltaron tres ratas que corrieron como flechas a perderse en su escondrijo.

Jody suspiró, satisfecho. Esas ratas gordas, bruñidas, insolentes, se hallaban al borde del desastre. Ocho meses habían vivido y se habían multiplicado en la parva, inexpugnables a gatos, trampas, venenos, y a Jody. Su seguridad las había hecho orondas, despóticas, arrogantes. Ahora les esperaba la catástrofe: no sobrevivirían un solo día más.

Billy miró hacia la cumbre de los cerros que rodeaban el rancho.

–Sería mejor que lo preguntaras antes a tu padre –sugirió.

–Bien, ¿dónde está? Se lo preguntaré en seguida.

–Se fue a caballo hasta la hacienda de la loma, después del almuerzo. Regresará pronto.

Jody se recostó contra el poste de la empalizada.

–No creo que se oponga.

Mientras reanudaba su trabajo, Billy, haciendo gala de su intuición, dijo:

–Es mejor que se lo preguntes, de todos modos. Tú sabes cómo es él.

Jody lo sabía. Su padre, Carl Tiflin, insistía, al solicitársele permiso para algo relativo a la hacienda, sobre si era importante o no. Jody fue resbalando pegado al poste hasta que se sentó en el suelo. Alzó su vista en dirección a las pequeñas bocanadas de nubes impulsadas por el viento.

–¿Lloverá, Billy?

–Tal vez. El viento parece de lluvia, pero no es bastante fuerte.

–Bueno, confío en que no llueva hasta que yo aniquile a esas condenadas ratas.

Miró por encima del hombro, para observar si Billy había notado la encendida blasfemia. Billy siguió trabajando sin comentarios.

* * *

Jody se volvió hacia la ladera, desde donde bajaba el camino del mundo misterioso. La débil claridad del sol de marzo bañaba el cerro. Cardos plateados, lupinos azules y unas cuantas amapolas florecían entre las artemisas. A mitad de camino sobre el cerro, Jody vio a *Doubletree Mutt*, el perro negro, cavando un agujero. El animal tanteó unos instantes, luego cesó, para sacudirse los terrones de suciedad de sus patas traseras, y cavó con una energía que contradecía la certidumbre que debía poseer, la certidumbre de que ningún perro había cazado una ardilla cavando un hoyo. Repentinamente, mientras Jody observaba, el perro negro se puso rígido, retrocedió, y sus ojos buscaron el cerro, la grieta a través de la cual pasaba el camino. Jody también alzó la vista. En aquel instante, la figura de Carl Tiflin, montado en su caballo, se recortó contra el pálido cielo y descendió por el sendero rumbo a la casa. Llevaba algo blanco en una mano.

Jody saltó velozmente.

—¡Tiene una carta! —gritó.

Echó a correr hacia la hacienda, porque probablemente la carta sería leída en voz alta y él quería estar allí. Llegó antes que su padre, y entró apresuradamente. Allí oyó cómo Carl se apeaba de su crujiente silla y palmoteaba al caballo en un flanco para enviarlo a la cuadra, donde Billy lo desensillaría y largaría al campo.

Jody penetró corriendo en la cocina.

—¡Hemos recibido una carta! —exclamó.

La madre apartó la mirada de una cazuela de habas.

—¿Quién la ha recibido?

—Papá. La vi en su mano.

Carl entró entonces, a grandes zancadas, y la madre de Jody inquirió:

—¿De quién es la carta, Carl?

Él frunció el ceño rápidamente.

—¿Cómo supiste que había una carta?

Ella movió la cabeza señalando al niño.

—Don Jody entrometido me lo dijo.

Jody se sintió aturdido.

Su padre lo miró despectivamente.

—Va a convertirse en un Don Entrometido —declaró Carl con brusquedad—. Presta atención a los asuntos de todo el mundo menos a los suyos. Mete la nariz en todo.

Mistress Tiflin se apiadó un tanto.

—Bueno, no tiene bastante de qué ocuparse. ¿De quién es la carta?

Carl siguió poniendo mala cara a Jody.

—Le daré trabajo para que tenga en qué ocuparse si no se modera.—Extendió una carta sellada—. Creo que es de tu padre.

Mistress Tiflin sacó una horquilla de su cabello y cortó el sobre. Sus labios se plegaron juiciosamente. Jody vio que sus ojos se iluminaron al recorrer de un extremo a otro las líneas.

—Dice —comunicó ella—, dice que vendrá el sábado para quedarse aquí algún tiempo. ¡Pero hoy es sábado! La carta debe haberse retrasado. —Se fijó en el sello—. Fue despachada ante ayer. —Escrutó a su marido y su rostro se obscureció luego coléricamente—. ¿Qué significa esa mirada? Él no viene a menudo.

Carl desvió sus ojos de aquella indignación. Podía ser áspero con su esposa la mayor parte del tiempo, pero cuando ocasionalmente ella se enfurecía, sentíase incapaz de contrariarla.

—¿Qué te ocurre? —interrogó nuevamente mistress Tiflin.

En su explicación hubo un tono de disculpa que el mismo Jody podía haber usado.

—Es que él habla —dijo Carl tímidamente—. No hace más que hablar.

—Bien, ¿y qué? ¿No hablas tú también?

—Naturalmente. Pero tu padre sólo habla de una cosa.

—¡De los indios! —Jody prorrumpió con entusiasmo —: ¡De los indios y de cruzar las praderas!

Carl se volvió contra él ferozmente.

—¡Tú te retiras, Don Entrometido! ¡Vamos, en el acto! ¡Retírate!

Jody se marchó humildemente por la puerta del fondo y cerró la persiana con esmerada calma. Debajo de la ventana de la cocina, sus avergonzados y mustios ojos tropezaron con una piedra de forma curiosa, una piedra tan fascinante, que el niño se inclinó para recogerla y examinarla atentamente.

Las voces le llegaban claramente a través de la abierta ventana.

—Jody está en lo cierto, ¡diablos! —oyó que decía su padre—. Sólo de los indios y de cruzar las praderas. Le he escuchado esa historia de los caballos robados más de mil veces. Sigue y sigue, sin cambiar jamás una palabra en las cosas que cuenta.

Cuando mistress Tiflin contestó, su tono era tan distinto, que Jody no pudo continuar examinando la piedra. La voz de su madre se había hecho suave y explicativa. Jody sabía que su rostro cambiaría en consonancia con el tono. Sosegadamente, comenzó:

—Ciertamente, así es, Carl. Aquello fue lo esencial en la vida de mi padre. Él encabezó una partida de cairomatos que se abrió camino desde las llanuras hasta la costa; al terminar aquello, se acabó su vida. Era una empresa extraordinaria, pero no duró lo suficiente. ¿Sabes? —continuó—. Es como si él hubiera nacido para realizarla. Después de hacerlo, sólo le resta pensar y hablar de ello. Si hubiera existido un Oeste más lejano adonde ir, él habría proseguido. Él mismo me lo dijo. Pero al final estaba el océano. Vive muy cerca del océano, allí donde tuvo que detenerse.

Había vencido a Carl; le había atrapado y enredado en su tono suave.

—Yo lo he visto —asintió él, apaciblemente—. Va y clava su vista en el Oeste, en el fondo del océano. —Su voz se afinó un poco—. Y luego va al Club de la Herradura, en Arboleda del Pacífico, y cuenta a toda la gente la historia de los indios que ahuyentaron los caballos.

Ella trató de conquistarlo de nuevo.

—Eso es todo para él. Deberías tener paciencia y hacer como si le hicieses caso.

Alejándose, Carl dijo impaciente:

—Bueno, si se pone muy pesado, me queda el recurso de ir a la casa de los peones y sentarme con Billy.

Atravesó la casa y dio un portazo al salir.

Jody corrió a proseguir sus quehaceres. Tiró alpiste a los pollos sin perseguir a ninguno. Recogió los huevos de los nidos. Se apresuró hacia la casa con la leña y la esparció tan sabiamente en la leñera, que dos brazadas parecieron llenarla con exceso.

Su madre había ya terminado con las habas, en ese instante. Removió el fuego y limpió la parte externa del hornillo con el ala de un pavo. Jody la observó prudentemente, con el objeto de comprobar si subsistía algún rencor hacia él.

—¿Llegará hoy? —preguntó.

—Así lo dice su carta.

—Estaría bien, quizá, que me fuera por el camino a su encuentro.

Mistress Tiflin arrancó un sonido retumbante al cerrar la tapa del hornillo.

—Estaría muy bien —dijo—. Le encontrarás pronto, probablemente.

—Pues lo haré en seguida.

* * *

Afuera, Jody silbó agudamente a los perros.

—¡A subir el cerro! —ordenó.

Los dos perros agitaron sus colas y salieron corriendo. Al borde del camino, la salvia ostentaba nuevos y tiernos brotes. Jody arrancó algunos y los frotó en sus manos hasta que el aire se embalsamó con la fragancia silvestre y penetrante. Con un movimiento impetuoso, los perros saltaron del camino y se perdieron ladrando en el matorral, persiguiendo a un conejo. Fue la última vez que Jody los vio, porque, al fracasar en su intento, regresaron a la casa.

Jody ascendió trabajosamente el cerro hacia la cima de la colina. Al llegar a la pequeña abertura por donde pasaba el sendero, se sintió acometido por el viento de la tarde, que jugueteó con sus cabellos y alborotó su camisa. Miró las pequeñas colinas y cerros de abajo, y luego el inmensa y verde valle de Salinas. Distinguió la blanca ciudad de Salinas, a lo lejos, en la llanura, y el refulgir de sus ventanas, bajo el pálido sol. Exactamente a sus pies, en un roble, un congreso de cuervos estaba en sesión. El árbol negreaba de cuervos graznando todos a la vez.

Después, los ojos de Jody siguieron la carretera, desde la colina en que se hallaba, la perdieron detrás de un cerro, y la recobraron al otro lado. Sobre esa distante extensión, divisó un carro arrastrado lentamente por un caballo bayo, que desapareció tras el cerro. Jody se sentó en el suelo y observó el lugar por donde debía reaparecer. El viento cantaba en las cumbres, y las nubes –pelotas infladas –se precipitaban hacia el Este. Luego el carro se ofreció a la vista y paró. Un hombre vestido de negro se apeó del asiento y se acercó a la cabeza del caballo. A pesar de hallarse tan lejos, Jody supo que había desenganchado la rienda del freno, porque la cabeza cayó hacia delante. El caballo continuó su marcha y el hombre ascendió lentamente el cerro del frente. Jody lanzó un alegre grito y corrió cuesta abajo. Las ardillas estallaron a lo largo del camino y un cuclillo agitó su cola, se deslizó por el borde del cerro y voló sin aletear, como un patinador.

Jody trataba de saltar a cada paso en el centro de su sombra. Una piedra rodó bajo su pie. A la vuelta de una pequeña curva tomó mayor impulso, y allí, a escasa distancia, vio de nuevo a su abuelo y al carro. El chico cesó su indecorosa carrera y se aproximó a paso digno.

El caballo avanzaba torpemente y el anciano marchaba a su lado. Bajo el moribundo sol, sus gigantescas sombras fluctuaban obscuramente detrás de ellos. El abuelo lucía un traje negro, borceguíes de cabritilla y una

corbata negra en un cuello corto y duro. Llevaba en la mano un negro sombrero alicaído. Su blanca barba aparecía cortada en punta y sus blancas cejas colgaban sobre sus ojos, como bigotes. Los ojos azules eran austeramente alegres. La cara y la figura entera irradiaban una dignidad granítica, de tal modo que todo movimiento parecía una cosa imposible. Al descansar, se pensaba que el viejo convertiríase en piedra, que no se movería nunca más. Sus pasos eran lentos y seguros. Una vez dado, ningún paso podía desandarse; una vez orientado, su curso no se torcería ni se aceleraría o retardaría su ritmo.

Cuando Jody dobló la curva, su abuelo, al verle, sacudió lentamente su cabeza, dando la bienvenida, y llamó:

—¡Oh, Jody! Has venido a buscarme, ¿verdad?

Jody colocóse al flanco y acompasó su paso al del anciano; irguió su cuerpo y arrastró un poco los talones.

—Sí, señor —replicó—. Recibimos su carta hoy.

—Debió haber llegado ayer —dijo el abuelo—. Ayer, claro está. ¿Qué tal estáis todos?

—Bien, señor. —Titubeó y luego sugirió tímidamente—. Le gustaría asistir mañana a una cacería de ratas, señor?

—¿Cacería de ratas, Jody? —rió el abuelo—. ¿Las gentes de esta generación han descendido a cazar ratas? No son muy fuertes los jóvenes de hoy, pero no habría podido imaginar que las ratas resultaran un deporte para ellos.

—No, señor. Es un juego, simplemente. La parva ha desapa recido. Yo les paso las ratas a los perros. Y usted puede obser var, o hasta golpear un poco el heno.

Los alegres y austeros ojos se volvieron hacia él.

—Comprendo. No te las comes, pues. Todavía no has llegado a eso.

Jody aclaró:

—Los perros se las comen, señor. Eso no se asemejará mucho a cazar indios, me imagino.

—No, no mucho; pero en un instante dado, cuando los ejércitos cazaban indios y fusilaban niños y quemaban tiendas, aquello no se diferenciaba gran cosa de tu cacería de ratas.

Llegaron a la cima e iniciaron el descenso hacia el recinto de la hacienda. El sol se desprendió de sus hombros.

—Has crecido —manifestó el abuelo—. Casi una pulgada.

¿No es cierto?

—Más— se vanaglorió Jody—. He sobrepasado la marca de la puerta en más de una pulgada desde el día de Acción de Gracias.

La sonora voz del abuelo dijo:

—Quizá bebas demasiada agua y te transformes en médula y tallo. Cuando cuajes, ya verás.

Jody escrutó rápidamente la cara del viejo para observar si su intención era herirlo, pero no había voluntad de injuria, ni de castigo, ni una lucecilla de «quédate quieto en tu sitio» en los penetrantes ojos azules.

—Podríamos matar un cerdo —propuso Jody.

—¡Oh, no! No te dejaría hacerlo. Te estás burlando. Ahora no es su tiempo, y tú lo sabes.

—¿Conoce a *Riley*, el gran verraco, señor?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno, *Riley* comió un pedazo de esa misma parva, se le cayó encima y estuvo a punto de ahogarse.

—Los cerdos hacen eso siempre que pueden —comentó el abuelo.

—*Riley* era espléndido como verraco, señor. Lo monté varias veces, y no se molestaba.

Una puerta cerróse estrepitosamente en la casa, allá abajo, y vieron a la madre de Jody parada en el pórtico, blandiendo su delantalcito en señal de bienvenida. Y vieron también a Carl Tiflin, que avanzaba desde la cuadra a fin de hallarse en la casa para la llegada.

El sol había desaparecido ya de los cerros. El humo azul de la chimenea de la casa estaba suspendido formando capas bajas en el purpúreo hueco del rancho.

Las nubes, que sugerían la forma de pelotas infladas, abandonadas por el viento, decaído, pendían indiferentemente en el cielo.

Billy Buck salió de la casa de los peones y vació en el suelo una palangana de agua jabonosa. Habíase afeitado hacia mediados de la semana, porque Billy respetaba al abuelo. Y el abuelo decía que era uno de los pocos hombres de la nueva generación que no se había afeminado. Aunque Billy era de edad mediana, el abuelo quería considerarlo aún como a un jovencito. También acudió de prisa a la casa.

Cuando Jody y el abuelo llegaron, los otros tres aguardaban frente a la entrada del patio.

Carl saludó.

—Hola, señor. Hemos estado esperándolo.

Mistress Tiflin besó al abuelo junto a la barba, y permaneció en silencio mientras la manaza de aquél acariciaba su hombro. Billy le estrechó las manos solemnemente, mostrando los dientes debajo de su bigote de paja.

—Guardaré su caballo —dijo, y se llevó el carro.

El abuelo, contemplándolo alejarse, dijo, dirigiéndose al grupo en la misma forma que lo había dicho cien veces antes:

—Éste sí que es un buen muchacho. Conocí a su padre, el viejo Cola de Muía Buck. Nunca supe por qué le llamaban Cola de Mula, salvo que hubiera sido porque cargaba mulas.

Mistress Tiflin se volvió y señaló el camino hacia la casa.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, papá? Tu carta no lo dice.

—Pues no sé. He pensado quedarme dos semanas, más o menos. Pero nunca me quedo tanto como me propongo.

Pronto estuvieron sentados ante la mesa de hule blanco cenando. La lámpara con pantalla de hojalata colgaba sobre la mesa. Por fuera de las ventanas del comedor las mariposas nocturnas batían suavemente sus alas contra el vidrio.

El abuelo cortó su tajada de carne en pedacitos y masticó lentamente.

—Tengo hambre —dijo—. El viaje hasta aquí me ha despertado el apetito. Es como cuando «cruzábamos». Sentíamos tanta hambre todas las noches, que apenas podíamos esperar a que la comida estuviera lista. Yo era capaz de comerme cinco libras de carne de búfalo cada noche.

—Eso sucede cuando uno anda mucho —corroboró Billy—.

Mi padre era acemilero del Gobierno. Yo le ayudaba de chico.

Los dos casi podíamos limpiar un pemil de ciervo.

—Conocí a tu padre, Billy —declaró el abuelo—. Era una excelente persona. Le llamaban Cola de Muía Buck. No sé por qué, salvo que hubiera sido porque cargaba mulas.

—Así es —asintió Billy—. Cargaba mulas.

El abuelo dejó su cuchillo y tenedor y miró en torno de la mesa.

—Recuerdo que una vez buscábamos carne... —La voz descendió a una curiosa cadencia, cayó en una rutina tonal como si el cuento se hubiera elaborado para sí mismo—. No había búfalos, ni antílopes, ni conejos siquiera. Los cazadores no podían conseguir ni un coyote. Era el turno de vigilancia del guía. Yo era el guía y mantuve mis ojos bien abiertos. ¿Sabéis por qué? Pues porque sabía que la gente, apenas comenzara a sentir hambre, degollaría la yunta de bueyes. ¿Me creéis? Me he enterado de partidas que se comieron sus animales de tiro. Empezaron por la mitad y terminaron en los extremos. Por último se comieron la pareja principal y los caballos de varas. El guía de una partida debía disuadirlos para que no hicieran tal cosa.

Un mariposón entró no se sabe cómo en la habitación y circundó la lámpara colgante de petróleo. Billy se puso de pie y trató de atraparla entre sus manos. Carl maniobró con la palma ahuecada, cogió el mariposón y lo destrozó. Aproximándose luego a la ventana lo tiró hacia fuera.

El abuelo iba a empezar de nuevo a hablar:

—Como decía...

Pero Carl le interrumpió.

—Sírvese más carne. Nosotros ya estamos listos para el postre.

Jody vio un relámpago de ira en los ojos de su madre. El abuelo recogió sus cubiertos.

—Muy bien; tengo bastante apetito. Os lo contaré después.

* * *

Cuando acabaron la cena y la familia y Billy Buck se sentaron frente al hogar, en el cuarto contiguo, Jody observó ansiosamente al anciano. Notó los rasgos que conocía. La barbuda cabeza se inclinó hacia adelante; los ojos perdieron su severidad y miraron el fuego, embelesados; los dedos largos y finos se entrelazaron sobre las negras rodillas.

—Me pregunto —comenzó—, me pregunto si les habré contado alguna vez cómo esos indios ladrones se llevaron treinta y cinco de nuestros caballos.

—Creo que sí —interrumpió Carl—. ¿No sucedió antes de que usted se marchara a la región de Tahde?

El abuelo se volvió inmediatamente hacia su yerno.

—Correcto. Me parece que les he relatado ese episodio.

—Muchísimas veces —dijo Carl cruelmente, y evitó la mirada de su mujer. Pero sintiendo sobre sí aquellos ojos enojados, agregó —: Claro que me gustaría escucharlo de nuevo.

El abuelo tornó a contemplar el fuego. Sus dedos se desenlazaron y volvieron a entrelazarse. Jody estaba como fuera de sí mismo, sintiendo una especie de vacío en su interior. ¿No le habían dicho Don Entrometido esa misma tarde? Se elevó hasta el heroísmo, se quedó encantado con el calificativo de Don Entrometido.

—Cuéntanos algo acerca de los indios —pidió dulcemente.

Los ojos del abuelo recobraron su expresión austera.

—Los chicos siempre quieren escuchar historias de indios. Aquélla era una cosa de hombres, pero los

chicos quieren oírla contar. Bueno, veamos. ¿Les dije alguna vez que mi deseo era que cada galera llevara una larga plancha de acero?

Todos guardaron silencio, excepto Jody.

—No, nunca.

—Bien. Cuando los indios atacaban, nosotros solíamos colo car las galeras en círculo y combatíamos por entre las ruedas. Se me ocurrió que si cada galera llevaba una plancha larga, con agujeros para los rifles, los hombres podrían sostenerlas fuera de las ruedas cuando las galeras se hallaran en círculo y estarían protegidos. Eso salvaría vidas y recompensaría el peso extra del acero. Pero, naturalmente, la partida no lo hizo. Ninguna partida lo había hecho antes y no podían comprender la razón de hacer gastos de más. Algunos vivieron para arrepentirse.

Jody miró a su madre y dedujo por su expresión que no escuchaba en absoluto. Carl estaba arrancándose un callo del pulgar y Billy observaba a una araña que trepaba por la pared.

El tono del abuelo decayó nuevamente a su rutina narrativa. Jody sabía por anticipado qué palabras seguirían. La historia se hizo un susurro; se aceleró en el ataque; tornóse triste en las heridas; resonó como un canto fúnebre en los entierros en las inmensas praderas. Jody permanecía sentado, contemplando silenciosamente al abuelo. Los austeros ojos azules parecían distintos. Su mirada inducía a pensar que él mismo no estaba muy interesado en el cuento.

Cuando hubo terminado, cuando la pausa hubo sido gentilmente aceptada como el punto final del relato, Billy Buck se levantó, y arregló sus pantalones.

—Bueno, me retiraré —anunció.

Luego se dirigió al abuelo.

—Tengo un viejo frasco de pólvora, de asta, y una cápsula y una pistola en el dormitorio. ¿Se los enseñé alguna vez?

—Sí, me parece que sí, Billy. Me acuerdo de una pistola que tuve cuando guíé a la gente en la travesía....

Billy permaneció de pie, cortésmente, hasta que la historia llegó a su término; luego saludó:

—Buenas noches —y abandonó la casa.

Carl Tiflin intentó cambiar de tema entonces.

—¿Qué tal la comarca de aquí a Monterrey? He oído que está muy seca.

—Está seca, en efecto —afirmó el abuelo—. No hay una gota de agua en Laguna Seca. Pero no hay comparación con el año 87. La región entera era polvo entonces, y en el año 67, creo, todos los coyotes perecieron de hambre. Tuvimos quince pulgadas de lluvia aquel año.

—Sí, pero llegó muy temprano. Nos arreglaríamos con un poco ahora.

Carl se dirigió a Jody.

—Deberías irte a la cama ya.

Jody se levantó obedientemente.

—¿Puedo matar las ratas de la parva vieja, señor?

—¿Ratas? ¡Oh, sí! Acaba con ellas. Billy dijo que no ha quedado buen heno.

Jody cambió una secreta mirada de satisfacción con el abuelo.

—Las mataré una por una, mañana —prometió.

Jody yacía en su cama y pensaba en el mundo irreal de indios y búfalos, un mundo que había terminado para siempre. Sintió el deseo de haber podido vivir en la época heroica, pero sabía que él no era de material heroico. Ninguno de sus contemporáneos, salvo Billy Buck posiblemente, era digno de hacer las cosas que entonces se habían hecho. Una raza de gigantes había vivido en aquellos tiempos; hombres valientes, hombres de una firmeza desconocida actualmente. Jody pensaba en las amplias praderas y en las carretas que las cruzaban como ciempiés. Pensaba en el abuelo montado en un gran caballo blanco, conduciendo a la multitud. En su mente los grandes fantasmas poníanse en marcha, recorrían la tierra y se alejaban.

Volvió al rancho por un momento. Oyó la vibración lánguida y opresiva que el espacio y el silencio producían. Oyó a los perros, afuera, en la caseta, rascándose las pulgas y golpeando con el codo en el

suelo cada vez. Luego el viento se elevó de nuevo, el negro ciprés gimió mientras Jody se dormía.

Se levantó media hora antes de que el triángulo anunciara el desayuno. Cuando entró en la cocina, su madre estaba abanicando el hornillo para que las llamas rugieran.

—Te has levantado temprano —dijo—. ¿Adonde vas?

—Tengo que conseguir un buen palo. Hoy nosotros vamos a matar las ratas.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Pues abuelo y yo.

—¿De manera que lo has metido en eso? Siempre te gusta tener alguien contigo para el caso de que haya culpas que compartir.

—Regresaré en seguida —exclamó Jody—. Sólo quiero preparar un buen palo para después del desayuno.

Cerró la persiana tras de sí y se hundió en la fresca mañana azul. Los pájaros se agitaban bulliciosos en el alba y los gatos del rancho venían cerro abajo como lerdas serpientes. Habían estado cazando sabandijas en la obscuridad y, aunque saciados de esa carne, se sentaron en semicírculo ante la puerta del fondo y con maullidos lastimeros reclamaron su leche. *Doubletree Mutt* y *Smasher* avanzaban olfateando a lo largo del borde de la pradera, cumpliendo así su deber con rígida ceremonia, pero cuando Jody silbó irguieron bruscamente las cabezas, y agitaron las colas y se acercaron hacia él, retorciendo la piel y bostezando. Jody palmoteó gravemente sus cabezas y se dirigió a la pila de trastos inútiles. Escogió un viejo mango de escoba y un pedacito de madera cuadrada. Con un cordón de zapato, que sacó de su bolsillo, ató los extremos de los palos, flojamente, para que formaran un mayal. Hizo silbar al aire su nueva arma y golpeó el suelo a manera de prueba, mientras los perros brincaban alrededor gruñendo con recelo.

Jody se puso en camino y atravesó la casa en dirección a la parva vieja para inspeccionar el campo de matanza; pero Billy Buck, sentado pacientemente en los escalones de atrás, lo llamó:

—Mejor será que vuelvas. Falta un par de minutos para el desayuno.

Jody desvió su curso y marchó hacia la casa. Recostó su mayal contra los escalones.

—Esto es para obligarlas a salir —explicó—. Apuesto a que son gordas. Apuesto a que no saben lo que va a sucederles hoy.

—No, ni tú tampoco —sentenció Billy filosóficamente—. Ni yo. Ni nadie.

Jody vaciló ante esa idea. Sabía que era cierto. Su imaginación se alejó súbitamente de la cacería de ratas. En ese momento su madre se asomó al pórtico del fondo, golpeó el triángulo y todos los pensamientos se le cortaron de raíz.

El abuelo no se encontraba en la mesa cuando ellos se sentaron. Billy indicó moviendo la cabeza la silla vacía.

—¿Está bien? ¿No se encuentra enfermo?

—Tarda mucho en vestirse —manifestó mistress Tiflin—. Se peina la barba y las patillas, se lustra los zapatos, cepilla sus trajes.

Carl esparció azúcar en su polenta.

—Un hombre que ha conducido un convoy de galeras a través de las praderas debe ser muy pulcro en su vestimenta.

Mistress Tiflin se volvió a él.

—¡ No digas eso, Carl! ¡ Por favor!

Había más amenaza que ruego en su tono. Y la amenaza irritó a Carl.

—Pues bien. ¿Cuántas veces tengo que escuchar el cuento de las planchas de acero, y el de los treinta y cinco caballos? —Se encolerizaba más a medida que hablaba, y su voz arreciaba—.

¿Por qué ha de relatarnos lo mismo una y otra vez? Atravesó las llanuras. ¡Muy bien! Ahora eso se acabó. Nadie quiere oírlo una y otra vez.

Una puerta cerróse suavemente. Los cuatro que estaban sentados a la mesa se quedaron estupefactos. Carl dejó su cuchara y se tocó la barba con los dedos.

Luego abrióse la puerta de la cocina y entró el abuelo. Su boca sonreía apretadamente y sus ojos miraban de soslayo.

—Buenos días —dijo y, sentándose, clavó la vista en su plato de gachas.

Carl no podía dejar las cosas así.

—¿Oyó... usted lo que dije?

El abuelo asintió con un leve cabeceo.

—No sé qué me pasó. No quise decir eso. Sólo bromeaba.

Jody, avergonzado, echó un vistazo a su madre, y notó que ella miraba a Cari, sin respirar casi. Era terrible lo que estaba haciendo. Se desgarraba a jirones al hablar así. Retractarse de una sola palabra era algo terrible para él, pero retractarse humillándose resultaba infinitamente peor.

El abuelo miró oblicuamente.

—Trato de comprender la verdad. No estoy enojado. No me importa lo que dijiste, pero podría ser cierto, y eso sí me importaría.

—No lo es —dijo Carl—. No me siento bien esta mañana. Lamento haberlo dicho.

—No te lamentes, Carl.. Un viejo no ve las cosas a veces.

Quizá tengas razón. La travesía se acabó. Debería olvidarse ahora que ya está terminada.

Carl se levantó de la mesa.

—He comido demasiado. Me voy a trabajar. ¡Date prisa, Billy!

Billy engulló el resto de su comida y le siguió poco después. Pero Jody no podía despegarse de su silla.

—¿No contará más historias? —preguntó.

—Claro que las contaré, pero únicamente cuando... cuando esté seguro de que la gente quiere escucharlas.

—A mí me gusta escucharlas, señor.

—¡Oh, naturalmente! Pero tú eres un chiquillo. Era una em

presa para hombres, pero sólo los chiquillos quieren enterarse de ella.

—Lo esperaré afuera, señor. He conseguido un buen palo para esas ratas.

Aguardó en la entrada hasta que el anciano apareció en el pórtico.

—Vamonos a matar las ratas ahora —llamó Jody.

—Creo que yo me sentaré al sol, Jody. Ve tú a matarlas.

—Puede usar mi palo, si quiere.

—No. Me quedaré sentado aquí un rato.

* * *

Jody giró desconsolado y se encaminó hacia la parva vieja. Trataba de excitar su entusiasmo con imágenes de las gordas y exuberantes ratas. Golpeaba el suelo con su mayal. Los perros lo rodeaban, ladrando y haciendo mimos, pero no pudo proseguir. El abuelo, a quien divisaba sentado en el pórtico, allá en la casa, veíase pequeño, delgado, negro. Jody desistió y fue a sentarse sobre los escalones, a los pies del anciano.

—¿De vuelta ya? ¿Las mataste?

—No, señor. Cualquiera otro día las mataré.

Las moscas de la mañana zumbaban pegadas a la tierra y las hormigas pasaban presurosas frente a los escalones. El pesado olor a salvia resbalaba por el cerro. Las tablas del pórtico se habían calentado al influjo del sol.

Jody apenas supo cuándo empezó a hablar el abuelo.

—No debería permanecer aquí, sintiéndome como me siento.

—Examinó sus viejas y fuertes manos—. Me siento como si la travesía no hubiera valido la pena. —Los ojos se elevaron hacia la ladera y se detuvieron en un halcón inmóvil, posado en una rama marchita—. Yo cuento esos viejos episodios, pero no son los que deseo contar. Sólo deseo saber cómo se siente la gente cuando los cuento.

»No son los indios lo importante, ni las aventuras, ni siquiera nuestra llegada. Se trataba de un puñado de hombres transformado en una enorme bestia que se arrastraba. Y yo era el guía. Aquello era marchar rumbo al Oeste, siempre al Oeste. Cada hombre anhelaba algo

para sí mismo, pero la enorme bestia que eran todos ellos sólo quería marchar rumbo al Oeste. Yo era el cabecilla, pero si no hubiera estado allí, cualquier otro lo habría sido. La cosa requería un cabecilla.

»Bajo los pequeños arbustos, en el blanco mediodía, las sombras eran negras. Al ver las montañas, por último, gritamos, gritamos todos. Pero no era llegar allí lo que importaba, sino el movimiento y la marcha hacia el Oeste.

»Nosotros llevábamos a cuestas nuestra vida allí, y la depositábamos, como esas hormigas que cargan huevos. Y yo era el cabecilla. Marchar rumbo al Oeste era tan grande como Dios, y los lentos pasos de nuestro movimiento se acumularon y acumularon hasta que la travesía del continente fue llevada a cabo.

»Luego llegamos al mar, y todo se acabó.

Al quedarse en silencio se restregó los ojos hasta que los bordes enrojecieron.

—Esto es lo que debería contar en vez de historias.

El abuelo estremeciéndose y miró a Jody cuando le oyó decir:

—Quizá yo pueda guiar una partida algún día.

El anciano sonrió.

—No hay adonde ir. Allí está el océano para detenerte. Una hilera de ancianos vive a lo largo de la costa odiando al océano, porque los detuvo.

—Podría seguir en bote, señor.

—No hay adonde ir, Jody. Todos los lugares están ocupados.

Pero no es eso lo peor, no, no es lo peor. El ímpetu de marchar rumbo al Oeste se ha apagado en la gente. Ya no es una sed.

Todo se acabó. Tu padre tiene razón. Se terminó.

Entrelazó sus dedos sobre la rodilla y los contempló. Jody se sentía muy triste.

—Si quiere un vaso de limonada, puedo preparársela.

El abuelo estuvo a punto de rehusar, pero se dio cuenta de lo que expresaba la cara de Jody.

—Estaría bien —dijo—. Sí, estaría bien tomar una limonada.

Jody corrió a la cocina, donde su madre estaba lavando el último de los platos del desayuno.

—¿Me das un limón para prepararle una limonada al abuelo?

La madre imitó su actitud.

—¿Y otro limón para preparártela a ti?

—No, mamá. Yo no quiero.

—¡Jody, estás enfermo! —Luego se interrumpió repentinamente—. Saca un limón de la heladera —dijo suavemente—. Yo te alcanzaré el exprimidor.

FIN